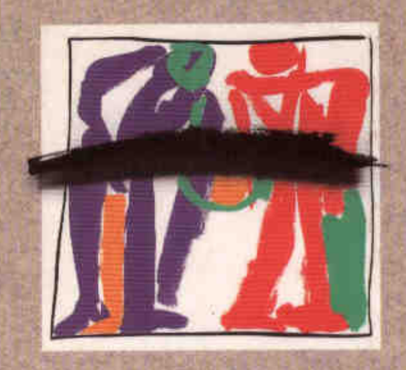
xabier sánchez erauskin



LA CUENTA DE LOS PASOS

ilustrado por satur idarreta


o e s í a



XABIER SANCHEZ ERAUSKIN

Periodista y escritor, nació en Vitoria (Gasteiz) en 1935. Ha publicado varios libros, entre otros "Txiki y Otaegi" –el viento y las raíces", "El delito de pensar" etc. Como director de la revista "Punto y hora", cumplió condena en la cárcel de Nanclares durante 9 meses, por delitos de "injurias al rey y apología del terrorismo". Actualmente trabaja en la redacción del diario "Egin".

p o e s í a

EDICIONES V.O.S.A.

xabier sánchez erauskin

LA CUENTA DE LOS PASOS

DIARIO LIBRE DE UN FORZADO

NANCLARES DE LA OCA

ilustrado por satur idarreta

Ediciones V.O.S.A., 1988
C/ Libertad, 7, 3-dcha. 28004 Madrid
ISBN 84–86293–48–0
DL: M–38170–1988
Imprime: Gráficas Maluar, Sdad. Coop. Ltda.
Pirnted in Spain

A vosotros, ciudadanos sin nombre,
hermanos de las tinieblas
que poblais las oscuras esfinges carcelarias.

A ese medio millar de resistentes,
compatriotas de la sangre y el alma,
semilla entre barrotes del futuro.

Y a la memoria de Joxerra Goikoetxea
cuya mirada me persigue todavía y siempre
desde la furtiva, mortal penumbra
de un locutorio de Alcalá Meco.

A MODO DE PROLOGO

La detención y el posterior encarcelamiento de Javier Sánchez Erauskin fue motivada por la publicación, en la revista "Punto y Hora" de la que era director, de una entrevista con unos familiares de refugiados vascos y de un editorial, calificado de injurioso para el Rey.

En este país, donde no es necesaria la censura, (funciona muy bien la autocensura previa), una persona como Javier tenía los días contados. Y acabó en la cárcel.

En una entrevista, publicada en el diario "Egin" por aquella época, Javier avisaba que iría a prisión "si ello contribuía a desenmascarar esto que se llama democracia y a poner en solfa unas pretendidas libertades".

De su estancia de casi un año en la prisión de Nanclares es el parto de este libro que se presenta como un diario y cuyos profundos versos y poemas reflejan de manera impresionante la vida de la cárcel; la soledad del preso, el agobiante peso del tiempo tras los muros... Con sentida lucidez y sensibilidad analiza y profundiza en lo grotesco y absurdo de cuanto allí acontece.

Se siente la desesperación del tiempo perdido, la angustia de los días iguales, noria cotidiana de la que es imposible salir. Esa obsesión por la contabi-

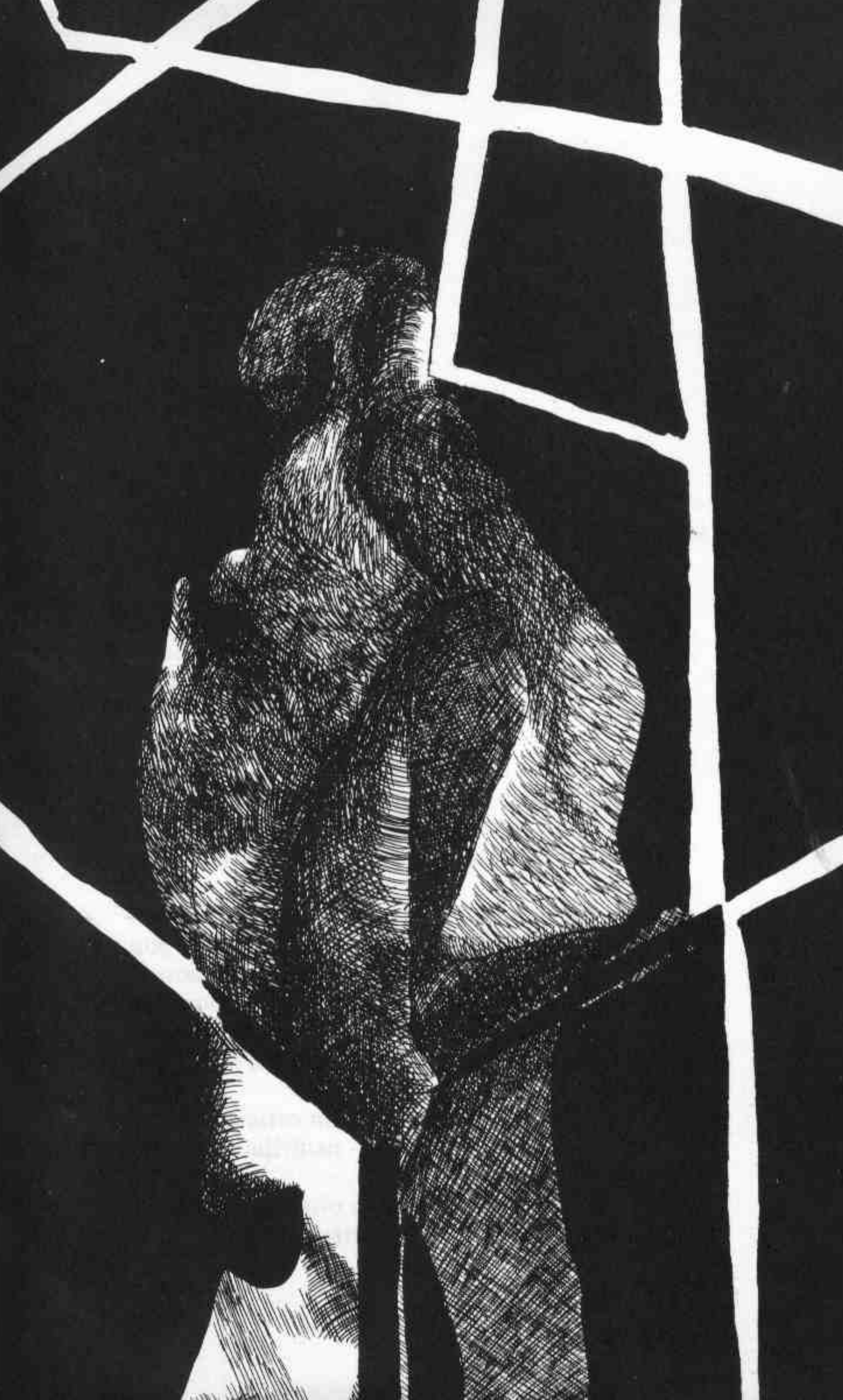
lidad de las horas, "las miméticas filas del recuento", "el lento discurrir del minutero" o esos tiempos de "la sensación agobiante de los límites" en "vuelta va, vuelta viene" de unos pasos que no llevan a ninguna parte y que le convierten a uno en "autómata sin alma", son el telón de fondo de la tremenda vida carcelaria. Se adivina el paso de las estaciones, el cambio de los días, sin árboles, sin paisaje y con la añoranza del perfil de unos montes demasiado lejanos.

Y está el tema de la incomunicación, con esos estremecedores "peces atrapados", o el drama del locutorio, gestos y lenguajes absurdos, deformados los rostros y hasta las ideas.

Hay una constante de sombras y de mundo irreal y distinto y por ello mismo cualquier hecho que suponga un imprevisto de fuera que rompa la rutina o el correr de las horas tiene una inmensa importancia. La lluvia o la tormenta de verano, el balón colgado de una red, los aviones que pasan sobre el patio, los pájaros que se agitan y espantan en desbandada...

En esas vueltas y vueltas, girando absurdamente hacia ninguna parte, sintiéndose numerado, recontado, fichado (lagartija o conejillo de Indias) es esencial la solidaridad de los compañeros y la ruda esperanza de luchar para sobrevivir y vencer. Ese mensaje luchador subyace en el fondo de estos poemas, a primera vista cargados de pesimismo. Es por demás significativo que se cierre el libro con los versos de "Resistir", "porque el hoy tiene un mañana y el mañana será nuestro", un canto a la resistencia y la esperanza, que Javier ha querido dejar como definitivo epitafio.

CRISTINA MARISTANY



A VOSOTROS

Porque nuestro mundo está repleto de cárceles,
porque se adivinan –no se ven– los rostros de
miles de presos,
me siento solidario en la distancia
de todos los cegados tras muros de cemento.

Evoco los presidios, oscuros edificios
y evocando sus muros, me ocupan los de dentro,
millares de humillados y ofendidos,
ahogados en su sórdido secreto.
Reos, números, fichas, personajes sin rostro
al arbitrio y antojo de un vulgar carcelero,
de un sádico o de un tipo correcto de uniforme,
meras cifras dispuestas para un macabro juego.

Presos amontonados en galerías húmedas
que huelen a sudor, a heroína y a muerto,
presos que están cavando con sus uñas un túnel,
un imposible túnel, el túnel de sus sueños,
el túnel que, en su día, hará saltar las tumbas
las celdas, los barrotes de un atroz cementerio.

Porque nuestro mundo está repleto de cárceles,
porque se adivinan –no se ven– las sombras de
miles de presos,
me siento solidario en la distancia
de vosotros, hermanos del mundo del silencio.

"Cierra las puertas, echa la aldaba carcelero.
Ata duro a ese hombre; no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias.
No le atarás el alma"

MIGUEL HERNANDEZ

NO LE ATARÁS EL ALMA

Aparcarás su vida en un ghetto de sombras
y romperás sus pulsos con hierros y cadenas,
lo arrojarás insomne al fondo de una celda.
No le atarás el alma.

Enjaularás sus sueños con tapias y rastrillos
alargarás sus días, sus semanas, sus años,
le acotarás el aire, le fundirás los ojos.
No le atarás el alma.

Sepultarás su aliento con mordazas de plomo,
le cortarás las alas, le robarás los besos
y hasta la fantasía, pero en la negra cárcel
no le atarás el alma.

HUELLAS DACTILARES

Voy dejando en la cartulina
el aceite manchado de mis dedos;
pulgar, índice, corazón,

huellas que dejarán constancia
de mi sucia condición de condenado,
pulgar, índice, corazón.

Increíblemente dócil, humillado,
abandono mi mano al funcionario,
pulgar, índice, corazón.

Les brindo en bandeja este macabro trofeo,
cabellera arrancada en un nuevo Far West,
pulgar, índice, corazón.

La retícula de mis yemas asfixiadas
se estampa en una definitiva mueca,
pulgar, índice, corazón.

Tal vez un día, algún curioso, algún desocupado
descubrirá junto al de otros deshauciados
mi pulgar, mi índice, mi corazón.

Pulgar, índice, corazón,
borrosa radiografía de unos despojos
enjaulados para siempre en un archivador.

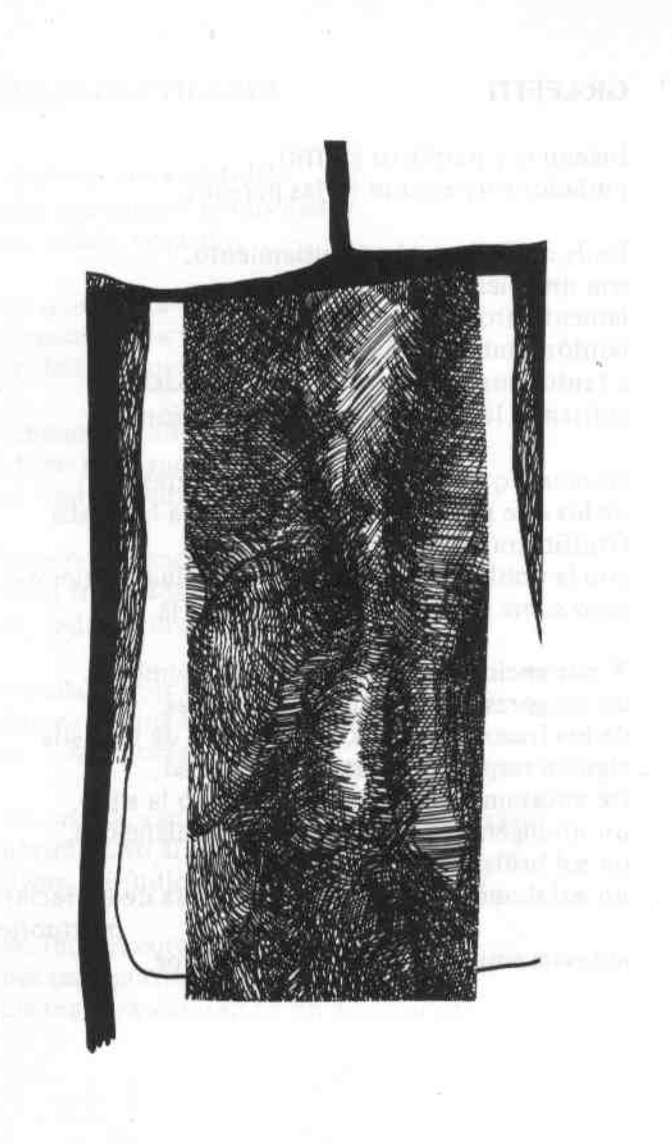
GRAFFITI

Ingenuos y patéticos graffiti,
pintados torpemente en las paredes.

En la desnuda celda de aislamiento,
son un abierto, prolongado grito,
lamento atormentado de la esfinge,
cordón umbilical que me encadena
a tantos compañeros que por aquí pasaron,
sufriendo la amargura, la desesperación.

Nombres que evocan la dignidad tozuda
de los que precedieron mi descenso a la tumba.
Graffiti trazados en el muro
con la nobleza amarga que da la pátina del tiempo
pero sobre todo el poso de la rebeldía.

Y por encima de las fechas, de los nombres,
de los goras, por encima de las cruces,
de los trazos obscenos, de los gritos de angustia,
alguien raspó en el vértice de la pared,
(se encaramó, sin duda, en la mesa o la silla),
un sol ingenuo y redondo de rayos alargados,
un sol brillante, un sol ecologista,
un sol iluminando la desnudez oscura de un recinto
mortuorio,
antesala siniestra de un infierno mejor.



PREVENTIVOS

Son veintitrés hombres,
conmigo veinticuatro.

Alguien guarda sus fichas,
su historial apretado,
(las fotos de perfil y de frente, las huellas,
la talla y los defectos). Están todos marcados.

Son veintitrés hombres,
conmigo veinticuatro.

Sus penas y esperanzas
son las penas de un barco
donde los tripulantes se ignoran o se evitan
aunque naveguen juntos hacia un puerto sin faro.

Son veintitrés hombres,
conmigo veinticuatro.

Tripulación perdida,
gente cazada a lazo
en los muelles del mundo, en las plazas y calles.
Hay cabezas rapadas y antebrazos tatuados.

Son veintitrés hombres,
conmigo veinticuatro.

Desconocen el rumbo
y al mástil amarrados
aguantan la tormenta de unos días sin fecha
y esperan en la tregua de un módulo de paso.

SOLITARIO

Pasea solo y triste
con la mirada baja de un perro acorralado
vergonzante y esquivo.
Evita los encuentros,
no levanta la voz.
Roza la cuarentena
y viste la misma gabardina oscura y desleída,
al cuello la bufanda,
como si tuviera que trasladarse de un extremo a otro
de una gran población,
y no dar vueltas imposibles al patio,
un patio recogido,
catorce metros justos como radio de acción.

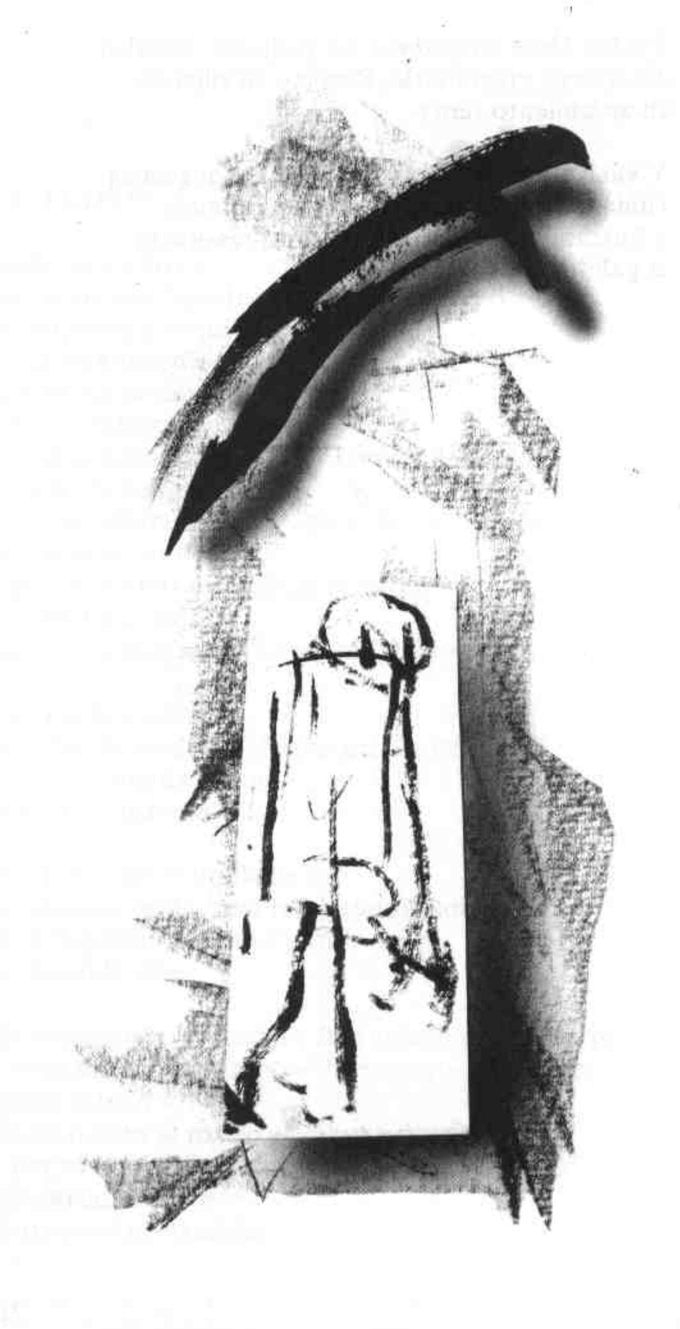
Pasea solo y triste,
la barba descuidada, el tinte macilento,
y no hace alarde alguno
de su marginación.

Es un hombre humillado
un despojo caído, una rama enquistada
en el monipodio airado y turbulento
del módulo dos.

He buscado un pretexto y he forzado el encuentro.
Comentarios del tiempo –"Parece que por fin
quiere salir el sol"–.
Ha levantado el rostro grisáceo y abatido
y por sus ojos grises ha cruzado un relámpago,
la incertidumbre leve
de un confuso temblor.

Tal vez tiene chapuzas o un pequeño desfalco.
No quiero preguntarle. Respeto su silencio
su aislamiento feroz.

Y vuelve a sus paseos y vuelve a sus angustias
cuidándose del frio con la breve bufanda
y buscando en el patio con gesto resignado
la palidez del sol.

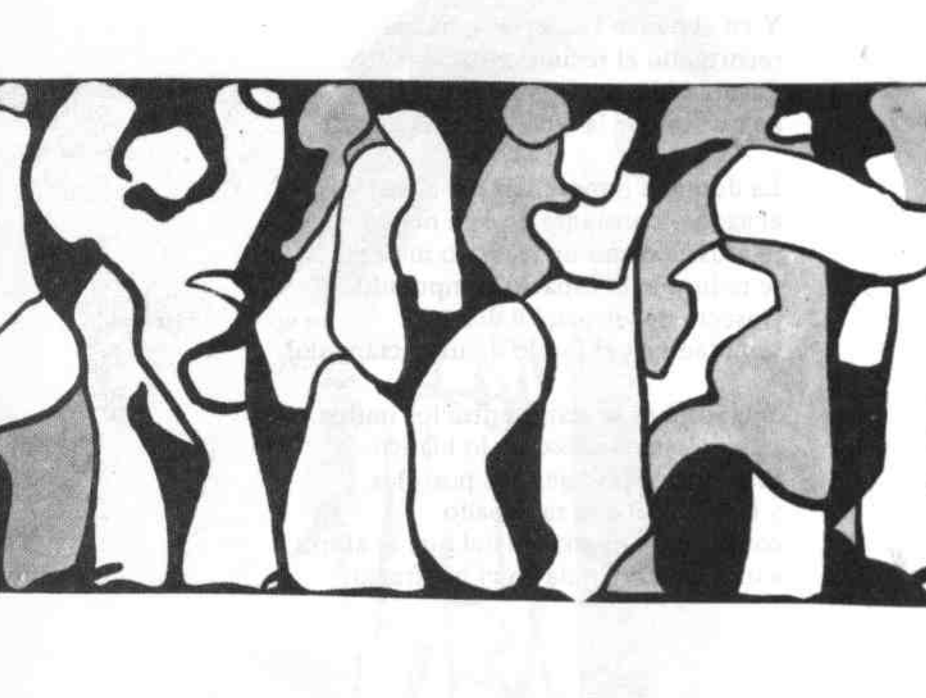


LA CELDA

Y en el hueco vacío, las paredes
recortando el recinto atormentado.
Cavidad insonora, bolsa oscura
en que muere la cuenta de los pasos.

La desnuda impotencia del encierro,
el agobio constante de este marco
te atosiga como un claustro materno,
te reduce a un espacio computado...
¡Insecto de vitrina, vil despojo
sepultado en el fondo de un rectángulo!

Y la sombra se alarga entre los muros
y te aplasta el acoso de lo blanco.
Pero buscas las rejas, los portillos,
y boqueas el aire racionado
con la angustia mortal del que se aferra
a una tabla perdida en el naufragio.



CONTABILIDAD

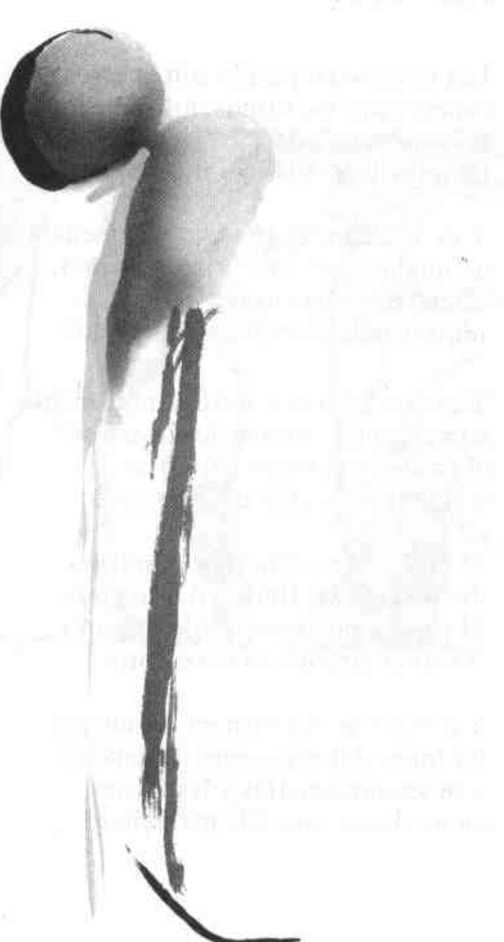
Los metros del pasillo son exactos,
exactos son los ritmos, los silencios,
los avisos, las rejas, los horarios,
las miméticas filas del recuento.

Y es que aquí todo tiene una medida
de unidades, de módulos, baremos,
calendarios, balanzas y relojes,
impaciencias, angustias y desvelos.

Y es que aquí se controla inútilmente
con el mimo cruel de lo superfluo
el paso de las horas y los días
y el lento discurrir del minutero.

El fardo de sentencias y condenas
distorsiona los límites del tiempo.
El pasado no cuenta, sólo importa
el activo interior en el cerebro.

Y por eso se escriben en los muros
las frases del más negro desespero
y se anotan los días y las fechas
en un diario invisible pero cierto.



LASCIATE OGNI SPERANZA

Patéticas porterías,
torpes rectángulos
trazados con brochazos rojos
sobre la tapia de ladrillo pálido.
Stops petrificados que rebaten
la furia irracional del balonazo.

Esos golpes rabiosos, espasmódicos
se estrellarán en el mortero impávido,
no pasarán. No se puede forzar lo impenetrable.
Ciegas porterías de plomo compacto.

PUERTAS Y LLAVES

Sabes que el pasillo, la galería
se fundirá al final con otra puerta
una puerta de hierro, compacta, resistente
y sabes que no podrás abrirla.
Que a tí
sólo te toca esperar a que otras llaves,
gozne de tus paseos acotados,
giren con agrio y familar chirrido.

Y ahí estás, correcto, resignado tal vez,
esperando de nuevo al funcionario
a que te abra la próxima cancela.

Te las van abriendo, te las van también cerrando,
pero tú sólo puedes esperar
a que te vayan dando la papilla
en forzadas cucharaditas.

Ese trozo de hierro retorcido
que alguien hace tintinear ante tus ojos
es el oscuro suero, el gota a gota
que te acorta los pasos y la vida.

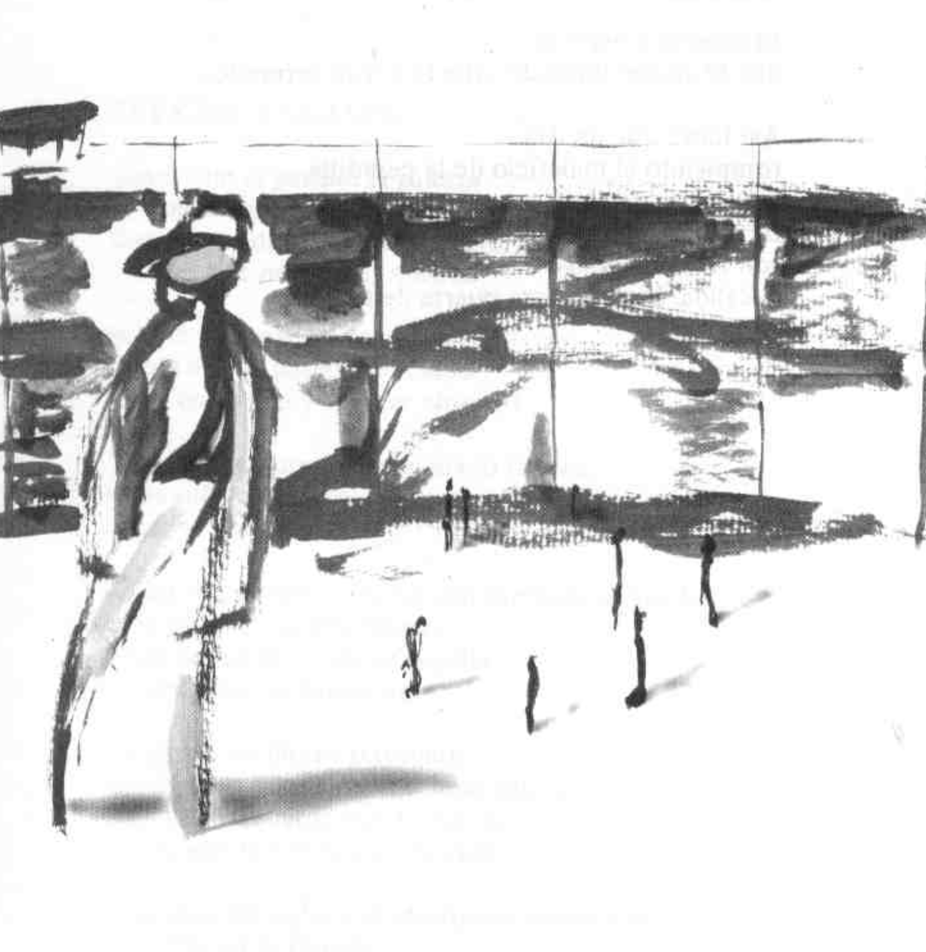
Y las puertas siguen abriéndose o cerrándose
y tú eres un autómata,
que espera la señal de los semáforos.

Has perdido hasta el hábito inconsciente
de dar vuelta a la manilla,
has olvidado el tacto
de la cercana llave familiar en el bolsillo.

Y en las galerías abruptamente rotas,
una y cien veces cortadas por el acero de las puertas

tú esperas y esperas
que te vayan abriendo, que te vayan cerrando...

Así hasta que un día
rompiendo el maleficio de la pesadilla
seas capaz de abrir
tú mismo
con tu propia llave
la cálida, la acogedora puerta de tu casa.



LA CUENTA DE LOS PASOS

Incansables paseos solitarios
por la pista trillada del cemento,
la mirada perdida en el vacío
un vacío que engaña al horizonte.

Y avanzar, y volver, y andar en vano,
vuelta va, vuelta viene a la madeja,
espoleados nervios y riñones
por la inercia motriz del desaliento.

Un paseo cortado por un muro
que se cierra en sí mismo, que se agota
como el brusco galope de un caballo
acosado en las tablas del anillo.

Sensación agobiante de los límites,
calculado avanzar y retroceso,
paso a paso ganando los espacios
o perdiéndolos, que viene a ser lo mismo,
convertido en autómata sin alma.

Pasear, pasear como un poseso.

LA ESPERA

El sol a plomo,
el sol como una losa
aplastando el rectángulo del patio
y nosotros aquí,
sorbiendo el reverbero del cemento,
la claridad hirviente de los muros sin sombras
con el solo descanso
de la pintura huérfana y verde del frontón.

Campea el sol candente de verano
sobre los cuerpos, libres de camisas y velos,
los cuerpos que se tuestan,
se atezan, se broncean,
se tersan en la espera caliente y luminosa,
espera sentenciada –son ocho años y un día–,
espera sin perdón.

No hay piscinas, no hay árboles,
no hay sombras ni parterres,
no hay cesped ni paisaje.

Sobre el cemento ardiente,
sobre los cuerpos lentos,
sobre la espera ciega,
–son ocho años y un día–
sólo restalla el sol.

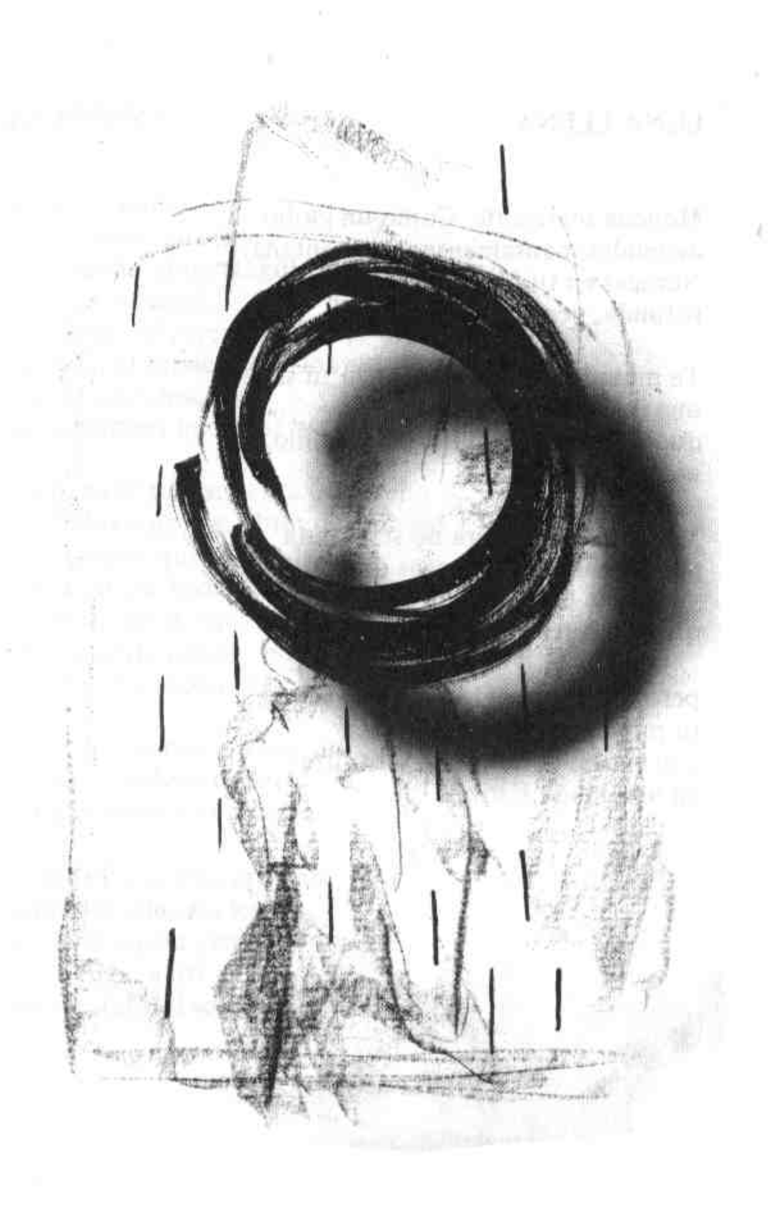
LUNA LLENA

Moneda reluciente. Como un globo
asciendes mansamente en la ventana.
Navegas en tu fría indiferencia,
rotunda, yerta, blanca.

Te muerde en un costado, en tu silueta
una reja pulida y afilada
que te acosa feroz, limpio cuchillo,
sacrílega navaja.

Ya sé que tu carrera no se inmuta
por sombras o por penas desgarradas,
ya sé que no te turban sentimientos,
que tu costra es de plata,

pero quiero creer que en esta noche,
tu pupila se torna interesada,
y al ver mi desamparo, cristaliza
en una muda lástima.



EL DESAFIO

Ese ojo, made in Germany, de la esquina del patio
nos vigila incansable con el vil magnetismo
de una cobra siniestra que acecha desde el fondo
de un robot aparente, gendarme o cancerbero.

Sin iris y sin córnea y sin humanos guiños
no es un ojo protésico de cristal o de plástico,
perdido o desgajado de la médula madre.
Es un nervio absoluto con sórdidos destellos.

Es un ojo con vida, taimado y asesino,
que camufla sus cables, perversos como anguilas
y transmite su soplo a la masa encefálica
oculta pero alerta en el laboratorio.

Doctores de subsuelo, hundidos en la sombra,
registran y analizan el haz de terminales.
Anotan, diagnostican en la vaga penumbra
y deciden la suerte de los mudos esclavos.

Las órdenes se imparten al vidrio vigilante.
Recibe las señales, emite los mensajes,
envía nuestros gestos, los rictus, los andares,
los labios resignados o el negro desespero.

No resisto el aliento de ese espía sin rostro.
Me repugna su gélido resplandor de marciano,
porque sé que hay pantallas que se engrasan con sangre
y mi espanto se torna en un odio salvaje.

Y plantándome enfrente, en el centro del patio
asentando las piernas, apuntando al verdugo,
le reto en desafío; un gran corte de mangas
solemne y vengativo como un escupitajo.

ESE TROZO DE MONTE

Ese trozo de monte, que asoma milagroso
en un ángulo de la ventana
me salva una y mil veces.

En este desierto, ese trozo de monte
es como un rostro de mujer
como la mirada de un niño.

Y aunque la constante amenaza de las garitas,
el agobio de tejas y ladrillos
arrinconan y aplastan a ese trozo de monte,
yo me refugio en él
inesperado amigo.

Se evapora el guardián en la torreta,
se disipan y esfuman la alambrada
y el muro interminable
porque sólo veo ese trozo de monte
como un rostro de mujer
como la mirada de un niño.



LUCES PARA UN INSOMNIO

Tres de la madrugada.
Una luz descarnada y acerba
se estrella en los barrotes de la vieja ventana.

No es luz de luna llena
que inunde los contornos
con claridad de calma.
Es brutal y agresivo haz de luz.

A sólo cuatro metros
se adueña del gran lienzo compacto de la tapia.

Esa luz cegadora, que escudriña en la noche
como el foco humillante en el bajo de una comisaría,
esa luz hiere y mata.

Brota como una herida, ojo de Polifemo,
monstruo de diez cabezas,
cegadoras luciérnagas,

que alientan en el fondo de los diez reflectores
hundidos y clavados en el toque de queda
como diez ultimatums, concretas amenazas.

Esa luz espectral y siniestra.
Tres de la madrugada.

PECES ATRAPADOS

Aquí estamos, frente a frente,
separados por el vidrio compacto
y definido.

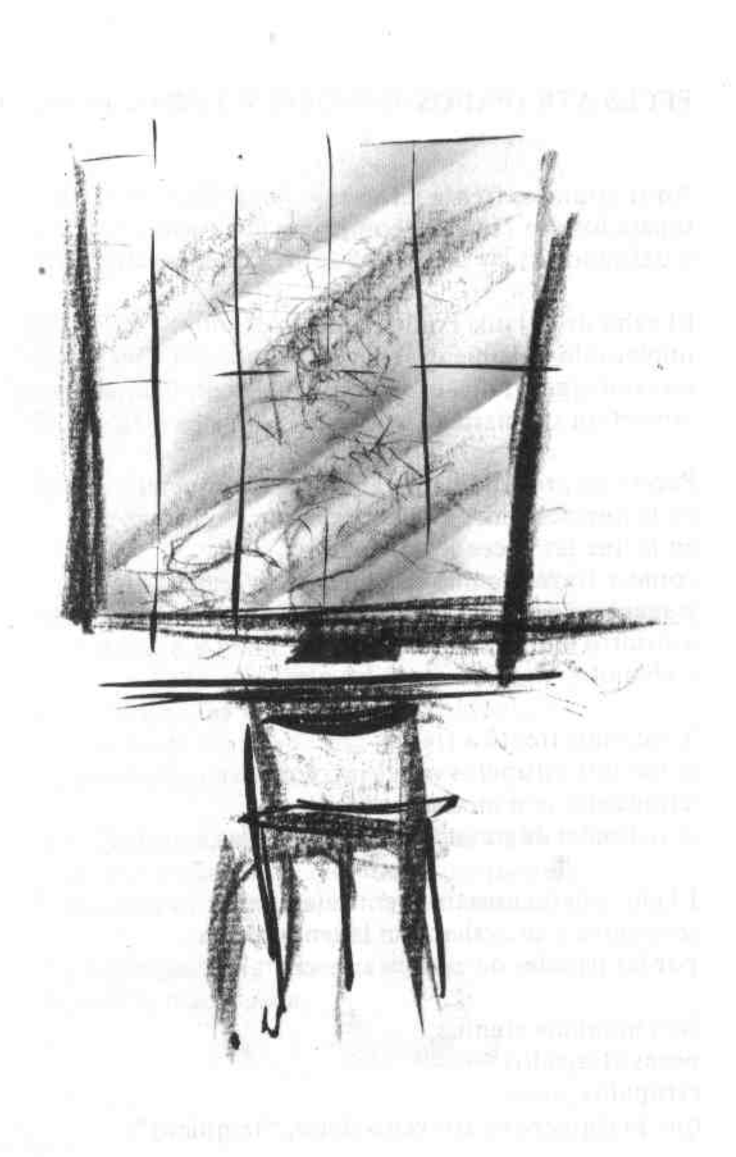
El vaho de la jaula comunicante,
implacable aislamiento translúcido,
nos sumerge en una espectral
atmósfera submarina.

Pecera de profundidades abisales
en la que nos movemos torpemente,
en la que las voces se adivinan
como a través de una escafandra,
y suenan a sordina,
a susurro ahogado,
a chapoteo perdido entre las olas.

Y estamos frente a frente
como dos estúpidos peces incoloros,
admirando con ojos extraviados
el redondel de nuestras bocas paralelas.

El glu–glu de nuestros sentimientos
se escurre y se deshace en la lenta marea
por las paredes de esta caja de cristal.

Nos miramos atentos;
peces atrapados,
estúpidos peces
que ni siquiera se atreven a decir, "te quiero".



A ESTE LADO

A este lado de las rejas,
a este lado de la muga,
sin sombras, sin semáforos, sin mares,
sin kioskos, sin jardines, sin montañas,
sin trenes, sin senderos, sin arroyos,
perdidos, olvidados.

A este lado de la muga,
a este lado de las rejas,
sin citas, sin proyectos, sin llamadas,
sin cuidados, sin mimos, sin caricias,
sin tertulias, sin risas, sin consuelos,
callados, marginados.

A este lado de las rejas,
a este lado de la muga,
sin calles, sin abrazos, sin vecinos
sin casa, sin amigos, sin familia
sin niños, sin ancianos, sin mujeres,
desnudos, despojados.

A este lado de la muga,
a este lado de las rejas,
con la sensibilidad a flor de espantos,
con sólo los recuerdos, con sóla la esperanza
y la capacidad para los sueños...
a este lado.

BRINDO POR ELLOS

El cielo es una losa plomiza y fatigada
sobre el dibujo oscuro y reluciente
de los tejados de los módulos.
Llueve, incansable, desde siempre,
en funeral lamento prolongado.

Y sin embargo allá lejos —cien cárceles por medio—
en Puerto de Santa María
posiblemente luce el sol.
Pero la opresión no se mide en calorías,
la opresión está dentro.

Me levanto a mirar por el ventano,
retícula doméstica de hierros,
y percibo, acecho y olfateo
el bailoteo de las gotas, lento.

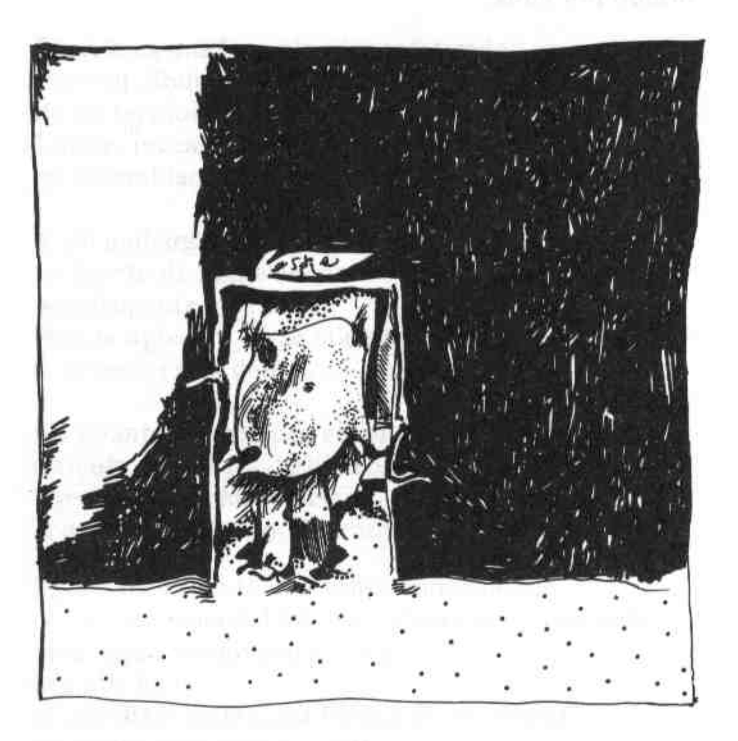
Escucho su rebote constante, indeclinable,
asumo la huella del húmedo charol del pavimento
para seguir imaginando el sol
que allá lejos
se estrellará en la masa blanca de los muros
de veintitrés celdas de castigo
en Puerto.

Colgados, amordazados en sus nidos ciegos
ellos no escuchan el batir acompasado
de esta lluvia monótona
y ni siquiera perciben el jubiloso aliento
de su cálido sol de Andalucía.

Ellos no oyen, no ven, no huelen
pero todavía sienten.

Y, asomándome, apoyándome en el hueco de las rejas
me fundo con la lluvia, y en la distancia,
en la grisácea tarde,
brindo por ellos.





MIRAN AL SUELO

Me obsesiona la diaria pesadilla
de este patio esquemático y sombrío,
en que vagan, sin luz, los personajes,
como espectros de un torvo manicomio.

En perpleja y silente ceremonia
allá van, allá vienen, taciturnos,
con los párpados rotos, imantados
a la pálida piel del pavimento.

Me estremece la suerte de estos seres
que se doblan, vencidos y humillados.
Me atormentan sus gestos repetidos
y su rítmico tranco indiferente.

Los contemplo y apenas si entreveo
sus pupilas, sus ojos en tinieblas,
desgarradas figuras fantasmales
en el gris remolino del paseo.

No hay montañas, no hay cielo, no hay paisaje.
Sobre el torpe reguero de sus pasos
la mirada vacía se desploma
en la oscura avenida de sus penas.

Nadie mira a la luz, miran al suelo,
cristal endurecido en microsurcos,
sendero avasallado, una y mil veces
mientras dure la cuerda a los muñecos.



MODULO DOS

Cerrándome el paisaje,
cortándome los montes apenas columbrados,
vulgar telón de fondo de torpe baratillo
crecen los pisos, el ladrillo, el pasmo,
la mole deforme y el tejado pálido
del módulo dos.

Sólo un patio desnudo,
cincuenta metros rasos de cemento y de frío
me alejan de ese pueblo,
tal vez alborotado, tal vez adormecido, tal vez
desesperado
del módulo dos.

Apenas se adivinan las siluetas
en el molde cegado de las celdas,
desvanecidos rostros, espectros fantasmales
del módulo dos.

Una camiseta, bailando en banderola,
colgada de los hierros como un sucio reclamo
resulta más humana, con más calor, más sangre
que las sombras furtivas de las cuencas sin vida
del módulo dos.

No es fácil asomarse al palpitar cercano
de ese pueblo fantasma de cartón o de piedra
y me obsesiono, en vano, por romper las distancias
y responder al grito que reclama ternura
un grito agazapado, camuflado, escondido
en el módulo dos.

AVIONES Y HORMIGAS

Rugido horizontal y poderoso
en plazos definidos y constantes.
El vuelo es una parte del paisaje
que estremece los ángulos del patio.

Arriba, en el dominio de las nubes,
Swiss Air, Iberia, Aviaco, Air Lines, Lufthansa,
los hombres de negocios , los turistas
acechan desde ovales ventanillas
y toman, tal vez, notas displicentes
de la cruel geometría de esta cárcel.

Las hormigas, en cambio, se recrean
en la vida fugaz de las estrellas,
en rubias azafatas imposibles
que ofrecen coca colas y sonrisas.

Respira fugazmente el hormiguero,
que los sueños son libres y furtivos,
y las aves, sin plumas y sin alma,
se extinguen con estruendo en la distancia.

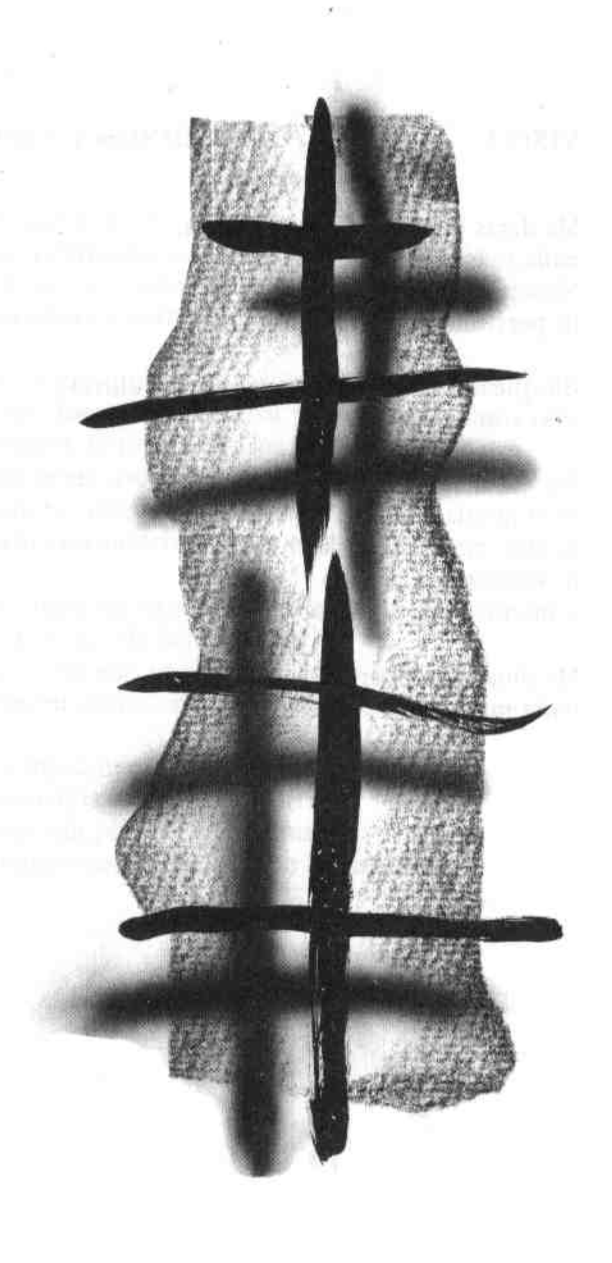
VISITA

Me dejas el recuerdo de tus ojos,
nada más que el recuerdo.
Ni siquiera el perfume,
tu perfume personal y concreto.

Bloqueados por el muro afilado de vidrio,
sólo somos dos ecos.

No me dejas tu rastro,
ni la huella caliente
de una mano sensible,
ni siquiera un abrazo
y menos aún, un beso.

Me dejas el recuerdo de tus ojos,
nada más que el recuerdo.



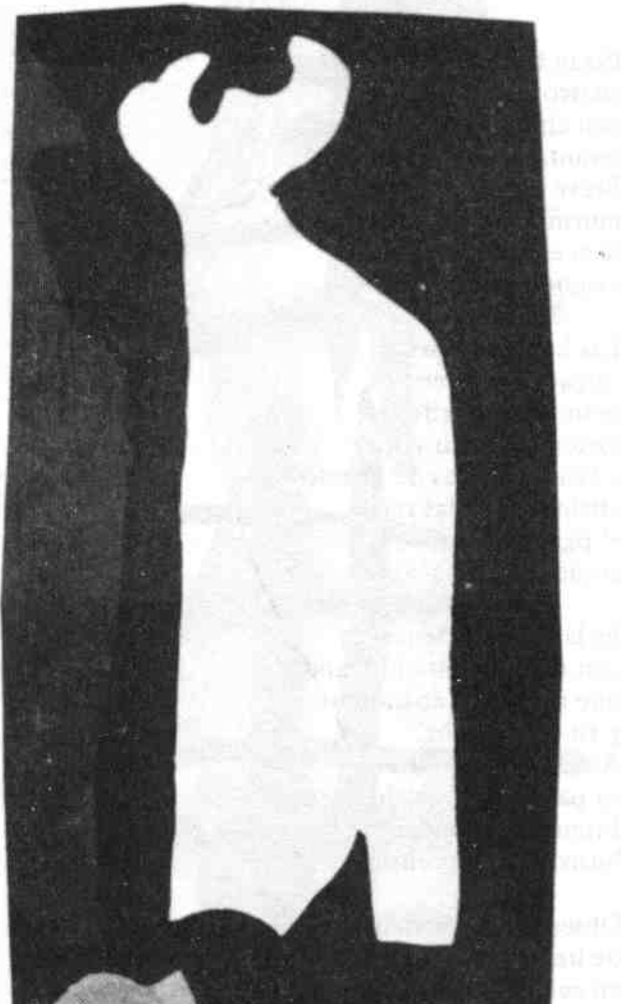
CELDA DE CASTIGO

Pasan bajo el ventano
cuatro veces por día
con chasquidos de armas
levantando la voz.
Breve rumor de botas,
murmullo de ceceos
se acercan y se alejan
exiguo batallón.

Las horas solitarias,
cargadas de silencios
desnivelan tu ritmo
distorsionan tu yo,
y te encuentras de pronto
atisbando en las rejas
el paso de los picos
como una salvación.

Es la sóla incidencia
con componente humano
que rompe tu abandono
y tu cerco feroz.
Acecho en la ventana
su paso acompasado.
Intento sorprenderles,
busco la comprensión.

Obsesión descarriada
de un preso sancionado
en celda de castigo
de una vieja prisión.



EL CANTO DEL CUCO

–¿Has oído el canto del cuco?
Me lo ha preguntado con ojos brillantes
cuando coincidiamos en el último cruce
del ballet cotidiano en el patio.

Desde el arpa enrejada y sensible de su ventana
acecha los cambios del tiempo,
olfatea los olores lejanos,
se mantiene a la escucha de imposibles sonidos.

Al fin y al cabo vivió siempre en el campo.
Escalaba los árboles y buscaba los nidos
corría por los prados, por el barro o las piedras,
se revolcaba en el heno del otoño amarillo
o en la jugosa hierba de sus primaveras.

Ahora se pudre aquí
en las secas trincheras de cemento y de vidrio
pero su fiel instinto
le mantiene al acecho, con el radar en marcha,
descifrando los signos lejanos e invisibles.

Busca los olores del polen y las plantas lejanas,
el agrio aliento de los robledales,
pero es sobre todo su oído el que está atento.

Escucha el paso de las golondrinas
las llamadas de los tarines,
los chillidos de los gorriones,
la música de los jilgueros...
y el canto del cuco.

Yo, en cambio,
que vengo del frío del asfalto
del estruendo innombrable de las calles sin alma,
en vano intento distinguir las notas
localizar gorjeos,
dar nombre a los guiños del aire y del viento.

Y me quedo turbado, simplemente indeciso,
mientras me insiste con cómplice insistencia
–¿Has oído esta mañana el canto del cuco?

TORMENTA DE VERANO

Los truenos martillean sordamente
en esta tempestuosa atardecida
de un prematuro ocaso.

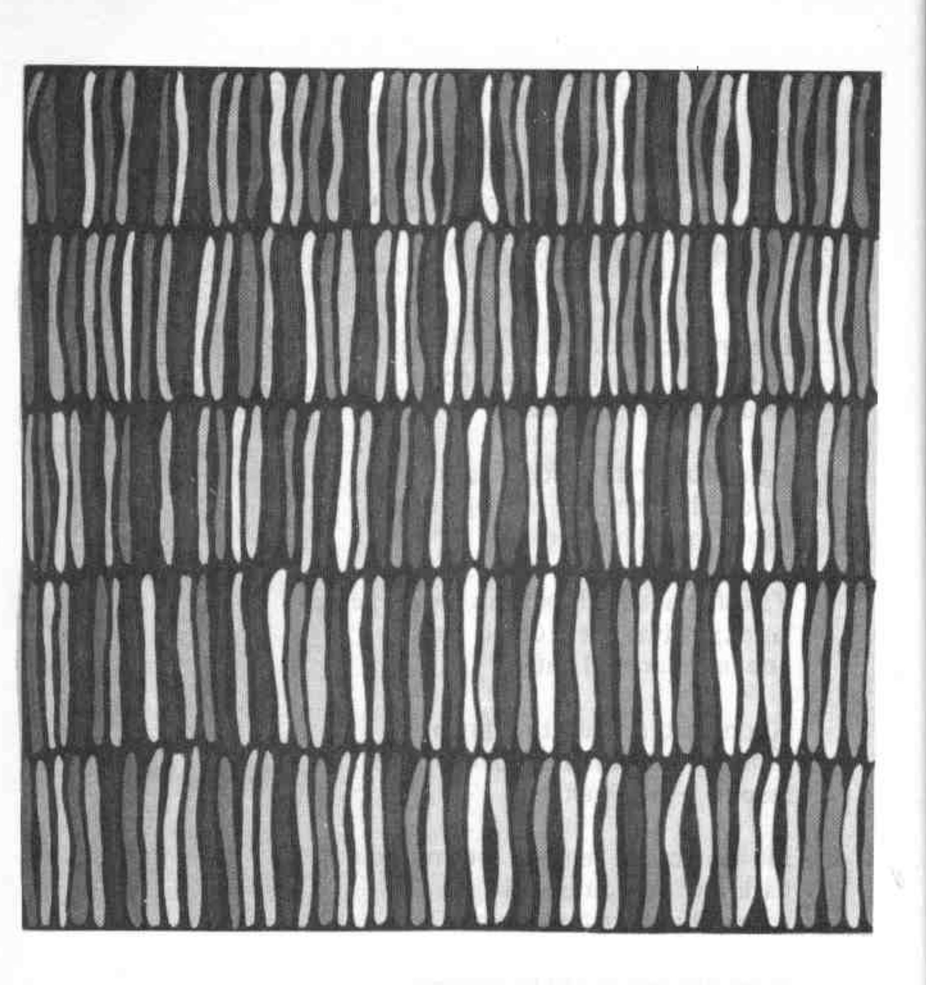
Aguardo el estampido fragoroso,
acecho la tormenta en su galope,
anoto los relámpagos.

Ya están aquí. Chasquean las primeras,
las explosivas gotas como puños
que inundarán el patio.

Al conjuro del súbito diluvio
aspiro la humedad e inhalo el aire,
respiro y me levanto.

Me asomo a la ventana estremecida,
batida y azotada por el agua
como el puente de un barco.

Y brindo por la cálida sorpresa
que rompe la rutina. Es una espléndida
tormenta de verano.



RECUENTO

Alinearse de a dos, pesada y torpemente,
en el centro del patio.

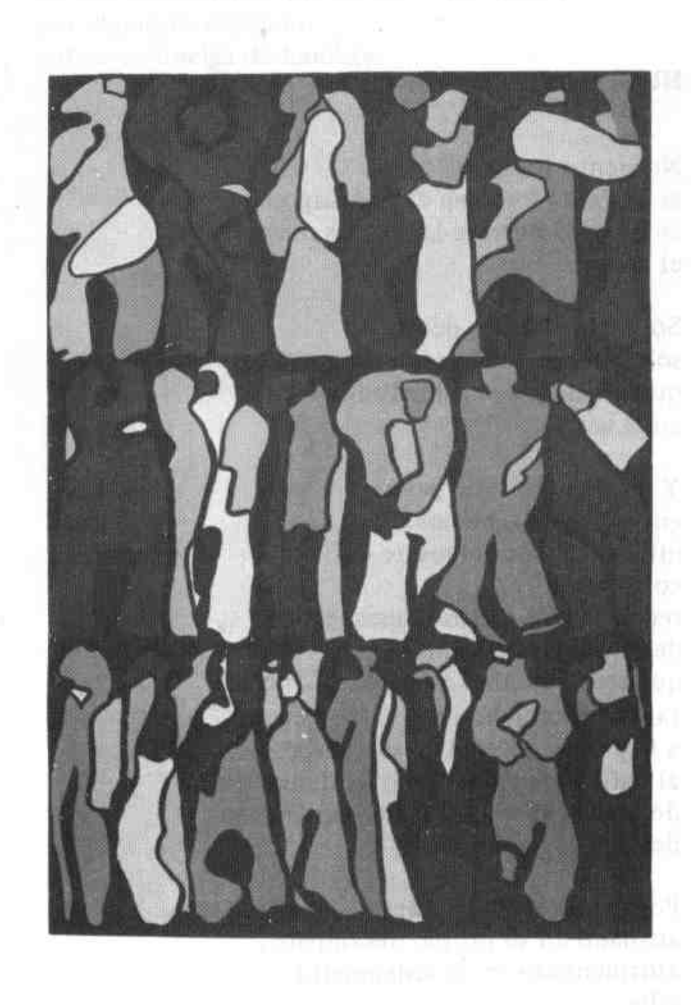
Impersonales como fichas
sentirse numerados.
Fundidos en la hilera,
saberse solidarios
de los compañeros que arrastran las piernas,
que murmuran,
que ríen,
que comentan,
que rezongan en vano.

Y me concentro con absurdo mimo
en la espalda del que me antecede,
en un punto de su camisa, una camisa a cuadros,
hasta que olvido el peso de la fila,
desvanecida ya la humillada impotencia de sentirse
fichado y recontado.

Y TE CRECE LA BILIS EN LA BOCA

Sabor amargo a rejas y condenas,
sabor de humillaciones y mordazas,
sabor a prohibiciones y silencios,
sabor de frustración en la garganta.

Y te crece la bilis en la boca,
y la espuma del odio te restalla
porque impune, ni al perro se le azota,
que los perros responden al que ataca.



HUELGA DE HAMBRE

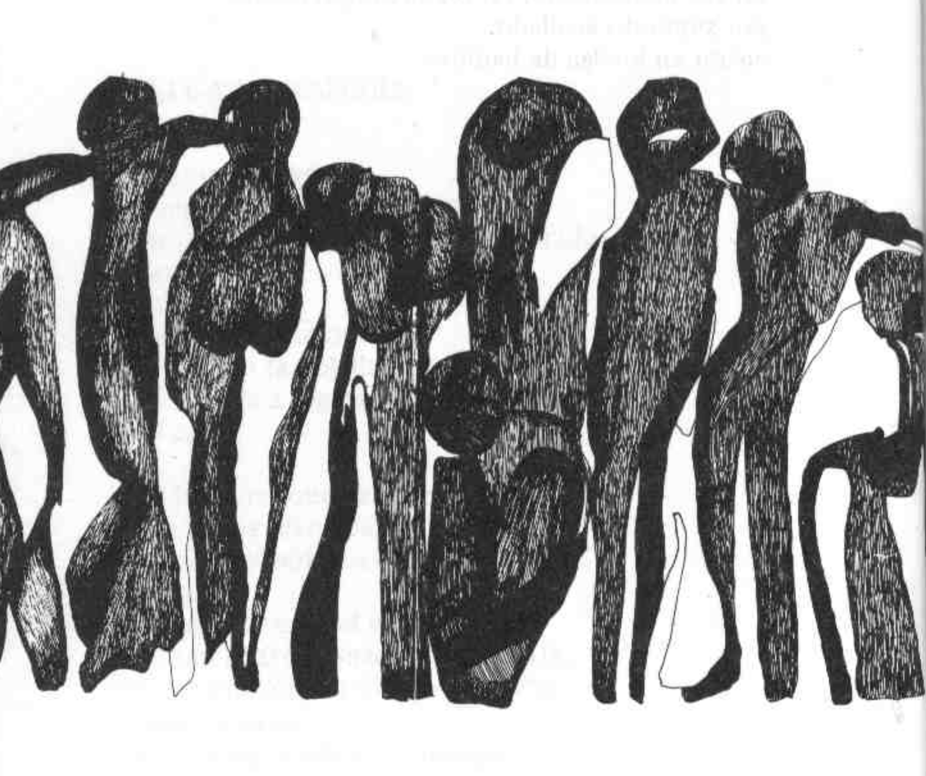
No siento todavía
la punzada feroz en el estómago,
la fantasía libre de los platos imaginados,
el hambre.

Sólo me ausculto débil,
sólo percibo la flojedad desmayada
que me lleva a vegetar tumbado
en el catre.

Y en las horas que pasan,
en los largos silencios,
interiores monólogos de celda
constantes,
reconozco la actitud desesperada
del hombre arrinconado, en rebeldía,
que recurre como a último cartucho,
tal vez en balde,
a la protesta muda de su cuerpo,
al patetismo de un grito de denuncia,
de un ayuno brutal e incomprendido
del que se hable.

Porque en la atroz marginación del preso,
arrojado en su propio desamparo,
atormentado en su aislamiento,
sabe
que la única baza de lucha que le resta
es no cerrarse al exterior.
Lanzarse

a forzar la indiferencia,
y en gesto de oculta resonancia, tal vez idealizado,
tal vez manipulado, tal vez incomprendido,
por supuesto acallado,
entrar en huelga de hambre.



ALGUN DIA

Escalaré algún día esos montes ceniza,
familiares contornos, que acaricio en la sombra
desde el hoyo profundo de una tribu sin nombre,
de un país que no existe.

Ascenderé, sin duda, por el perfil violeta
de esas soñadas lomas, lejana cordillera
que desde mi atalaya, oculta y sigilosa,
diviso en la distancia.

Un día, al fin, un día, treparé por la pistas
que ahora le marcan surcos a la vieja montaña
y aspiraré el aroma de los robles y hayedos,
y llegaré a la cumbre.

Respiraré con ansia, borracho con el aire,
extenderé mis palmas, vibraré con la brisa,
y mis pulmones ebrios se empaparán del gozo
de sentirme al fin libre.

Pero, viendo a lo lejos la torva arquitectura,
los bloques alineados de los módulos chatos,
recobraré la angustia, la rabia y la tristeza
y pensaré en vosotros.

En vosotros, oscuros pobladores de esfinges,
sepultados en vida, hermanos de miseria,
en vosotros, nosotros, hundidos en el pozo
de cal y de cemento.

Recordaré los rostros, un día compañeros,
recompondré los nombres, los rictus, los apodos,
evocaré la oscura nostalgia de un pasado
vivido en un mal sueño.

El día en que progrese por las libres veredas,
el día en que desvele ese horizonte extremo,
que ahora es sólo un paisaje visto desde una tumba,
una esperanza enferma.

UNA CARCEL LLAMADA LIBERTAD

Anoche, en la pantalla veíamos imágenes
de una historia tremenda de desaparecidos
y de muertos vivientes de una cárcel siniestra
llamada Libertad.

Anoche las rapadas cabezas de uruguayos,
resistentes anónimos, luchadores lejanos,
nos lanzaban sus gritos y su mudo mensaje
de solidaridad.

Anoche comprendíamos que la tierra es redonda,
que el disco se repite, que los torturadores
temen al torturado, y que para ocultarlo
castigan sin piedad.

Anoche, recordando los viejos camaradas,
montoneros sin nombre, tupamaros sin rostro,
vivíamos de nuevo los viejos sobresaltos,
el miedo policial.

Anoche, revolviéndonos en los oscuros bancos,
rompíamos distancia y estrechábamos manos
de antiguos conocidos, de viejos luchadores
de clandestinidad.

Anoche, en la penumbra de la cargada sala
vivíamos cercano el drama de otros presos,
brindándoles, fraternos, un hondo sentimiento
de solidaridad.

Anoche saludábamos las voces compañeras
los gestos, las denuncias, los puños resistentes
los ojos de los pájaros de una cárcel lejana,
llamada Libertad.

GORRION

Un gorrión que se posa sobre las tejas húmedas,
inquieto y azogado,
un pájaro amistoso que vacila en la espera
con tembloroso pasmo
trae la sombra de un rostro, de otros ojos inquietos,
de un perfil añorado,
el oscuro aleteo de otra imagen furtiva,
tu sonrisa, tu pálpito,
tu ternura y tu amor y tu luz sosegada,
tu perfume lejano,
tu recuerdo constante, tu animosa indulgencia,
gorrión enamorado.

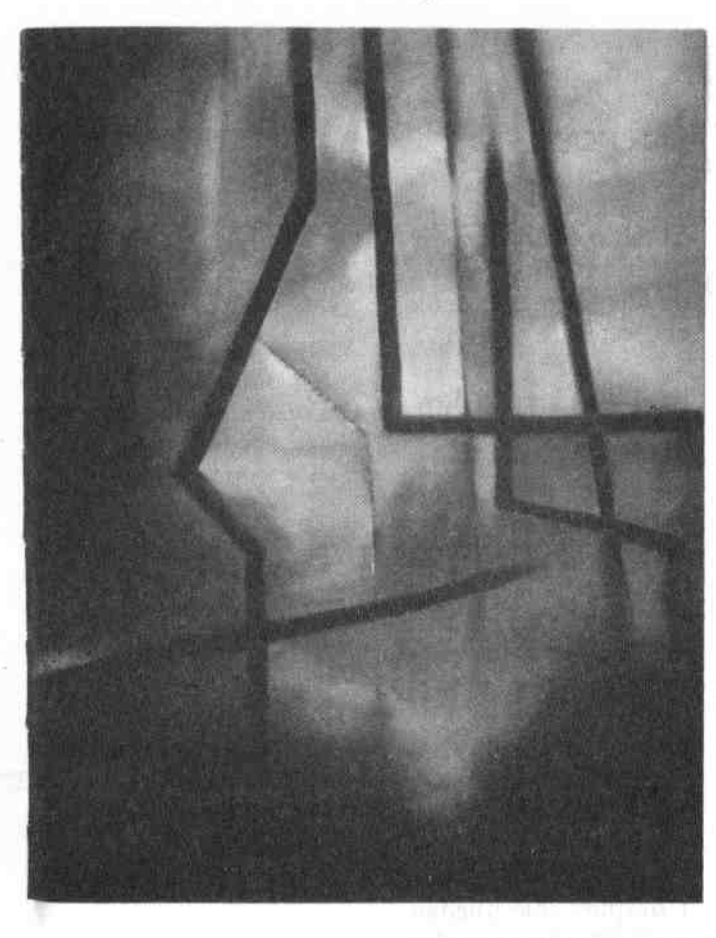
SAN FERMIN

El patio es un remedo
patético y frustrado
de una plaza de pueblo
en fiestas de verano.

Redoblan los silbidos,
los gritos destemplados.
Algunos se persiguen
con cubos en las manos.
Relucen los pañuelos
al cuello, colorados.
Las voces se levantan,
se enzarzan los hermanos
y se crispan los nervios
y surgen los enfados.

Es una mascarada
en el intento vano
de celebrar la fiesta
que es un burdo fracaso.

Y después sólo quedan
en el frontón, colgados,
los contornos fugaces
de los espantapájaros,
la infinita tristeza
de un festejo evocado
al final convertido
en turbio desencanto.



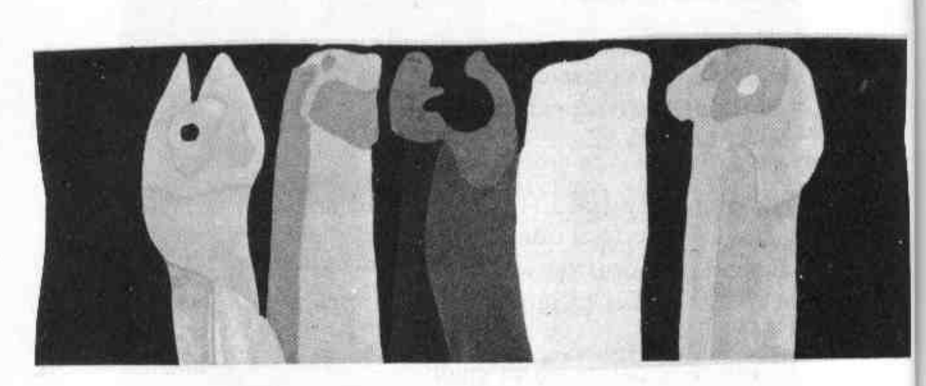
JOSE BERGAMIN

El hilo de su voz se consumía
contra el muro de vidrio y el brutal enrejado
pero él estaba allí.

Su cómplice mirada
a través del cristal que nos cercaba,
que tal vez nos unía,
me lanzaba cien guiños inconfundibles, suyos.

"Es libre el pájaro en su vuelo
porque obedece al viento",
me dictaba en furtivo testamento.

Y yo sentía, mudo y conmovido
que era su último viaje,
su despedida en clave,
su póstuma malicia,
el adiós de un maestro.



FOOTTING DE CASTIGO

Un pie detrás del otro, treinta vueltas, cuarenta,
veinte vueltas al patio.
Así nos castigaban de niños, en la escuela,
en colegios lejanos.

Ahora somos mayores. Sobre el piso monótono
suena el chasquido grave
y seco de los pasos.
Un pie detrás del otro, treinta vueltas, cuarenta,
veinte vueltas al patio.

No pensar, ni mirar.

Avanzar simplemente con los músculos tensos,
el sudor en el rostro y el pecho sofocado.
No pensar ni mirar, y mantener el lento,
el engañoso avance de un autómata tranco.

No pensar ni mirar, que esto no es una fiesta
en un cross anunciado,
y no brillan dorsales, ni gorros de colores,
ni suenan gritos de ánimo.
Que aquí no hay bocacalles en busca de caminos
de libertad, y en vano
evocas los castigos, los duelos o los premios
de cursos olvidados.

Que aquí hay sólo una noria, una rueda obsesiva
dando vueltas al carro,
telaraña de hierro que encadena tus giros,
anillo coronado

por la silueta muda de las torretas grises,
convertidas en árbitros,
y uno escucha el repique, el eco en el cemento
–tenaz ritmo de zancos–
mientras arriba, firme, en la cabina oscura
vigila el picoleto con el Cetme calado.

Un pie detrás del otro, treinta vueltas, cuarenta,
veinte vueltas al patio.

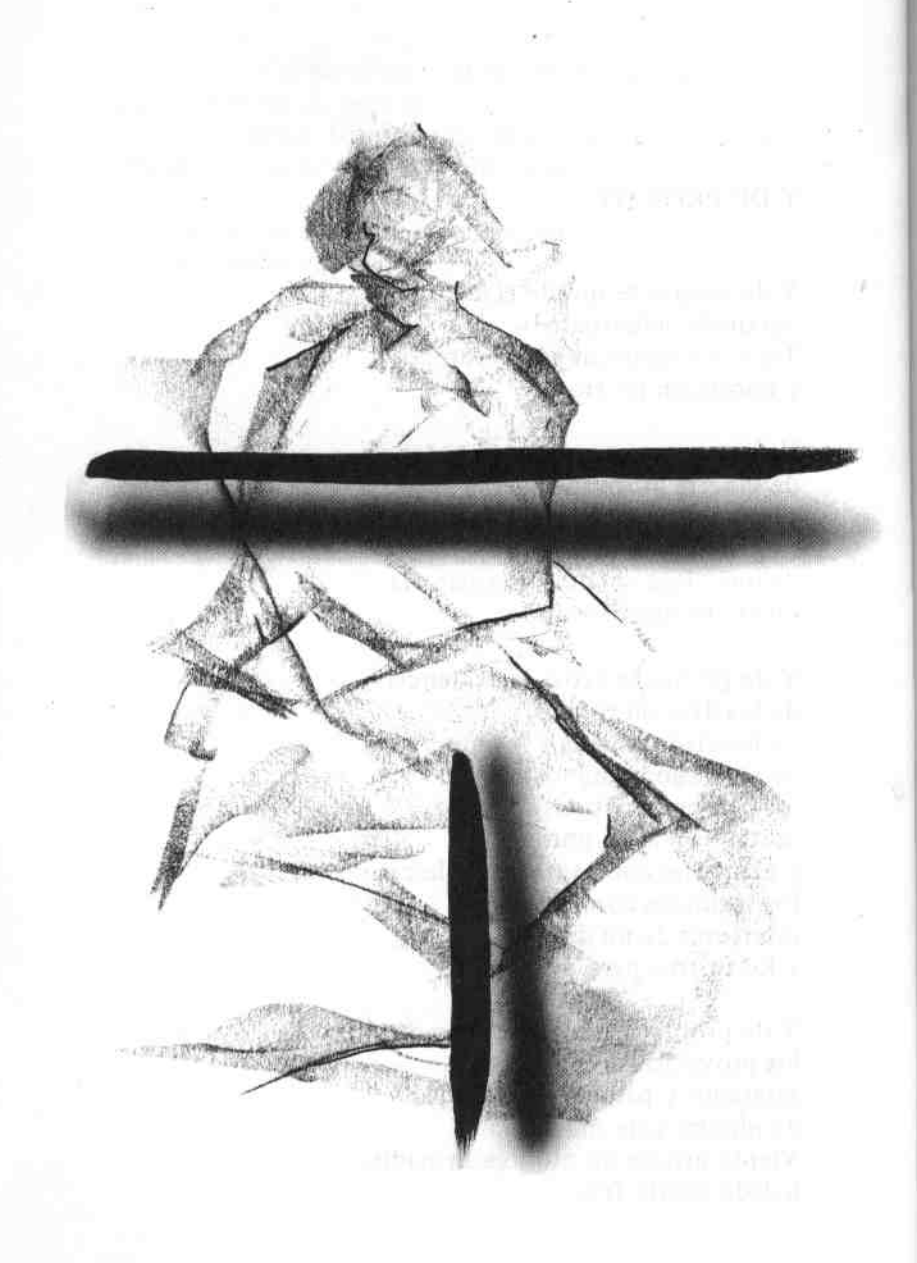
Y DE PRONTO

Y de pronto te invade el desaliento
del otoño adentrado.
Tal vez amarillean ya los campos
y enrojecen los rios.

Y de pronto te asalta la impotencia
de saberte amarrado,
simulando y hurtando los rencores,
tragando el odio oscuro
de una ciega condena despiadada
que te rompe el sentido.

Y de pronto te acosa la evidencia
de los días sin rumbo,
de los vivos amores y los muertos,
de los ciegos caminos,
los paseos frenéticos de patio,
cortados por un muro
y el acecho constante de las horas,
los segundos contados,
estertores de un día y otro día
y los rastros perdidos.

Y de pronto te azotan los temores;
los proyectos, los sueños,
arrasados y rotos por un viento
de miseria y de muerte.
Viento gris de un otoño adivinado,
helado viento frío.



CADENAS

En sus manos estás. Hacen, deshacen
y te rompen el pecho en mil pedazos.
En sus manos estás como un juguete,
figurilla ridícula de barro.

En sus manos estás. Te zarandean,
te atormentan con fútiles mandatos,
se ceban en tus cuencas desoladas,
en la muda respuesta de tus brazos.

En sus manos estás y la injusticia
te tortura, te quema sin descanso,
porque sabes que tú eres una cifra,
una ficha tan sólo en sus tinglados.

En sus manos estás, y en los recuentos,
documentos de súplica, descargos,
peticiones, saludas y permisos,
te rebajan, te humillan palmo a palmo.

En sus manos estás. La incertidumbre,
el mazazo mortal de lo arbitrario
es parte de tu vida y de tus horas,
dependencia patética de esclavo.

En sus manos estás. Eso es la cárcel.
Saberte sometido, bajo el mando
de quien piensa por tí, de quien decide
tu descenso a un infierno de lacayos.

EL RETRATO

Un pequeño retrato,
fijado en la pared
por una descomunal chincheta reluciente.

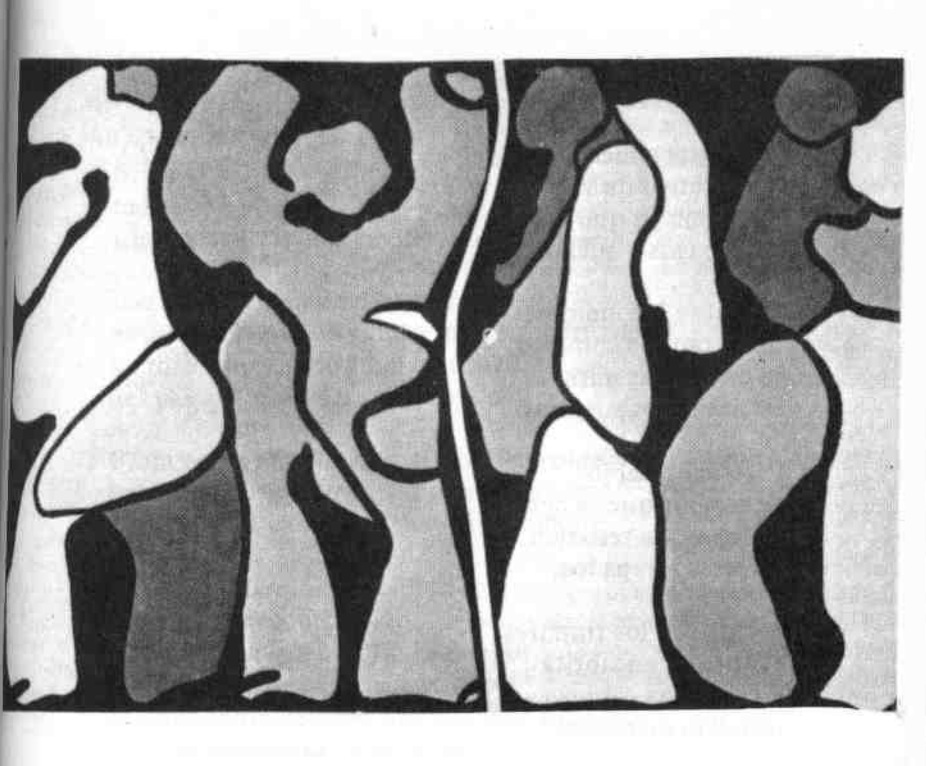
Un pequeño retrato,
que rompe la pálida atonía
del muro impersonal.

Desde la cartulina acharolada
me miras, simplemente.

Recortada entre rocas
me aportas el aroma
de lejanas montañas, de imposibles paisajes.

Un pequeño retrato
que transforma la celda,
el austero rectángulo
en algo familiar, en algo tierno,
entrañable y humano!

Sólo una cartulina,
un pequeño retrato.



LOCUTORIO

Las jaulas alineadas
son féretros de vidrio
con sombras que improvisan
relámpagos y sueños.

Se gritan los mensajes,
se lanzan los consejos,
se cruzan las miradas,
se clavan los suspiros.

Patético retablo
de rostros que se agitan,
reflejos que resbalan
de seres atrapados.

Ascienden los rumores,
el zoco se encabrita
y las tensas cabinas
restallan de deseos.

Pero el circo se cierra,
hay que apagar las luces,
desalojar los nidos,
desmontar la tramoya.

Hay que volver al frío
fulgor de las mazmorras
mientras los otros, libres,
regresan a las lágrimas.

EL BALON LOCO

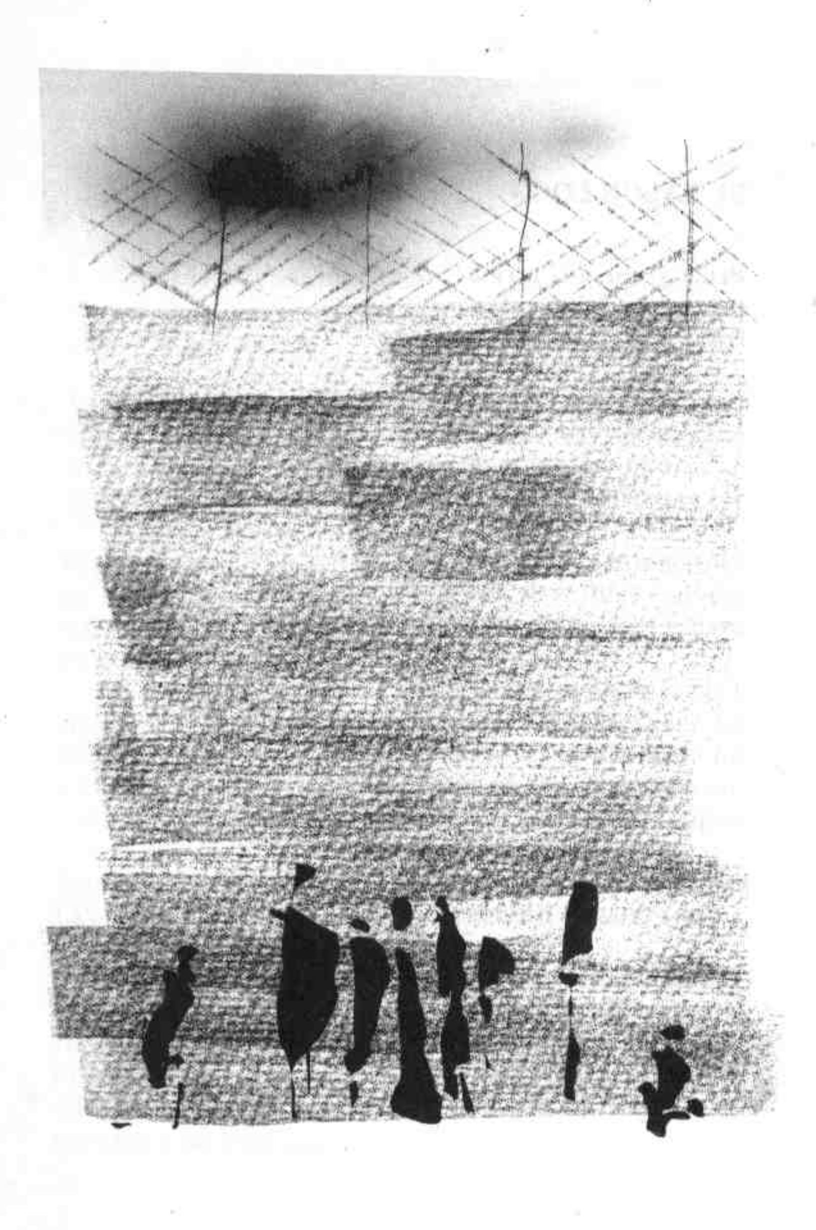
Brilla al sol, allá arriba
redondo y reluciente,
triste pez atrapado en el copo.

Ese balón, que algún desesperado
encajó, certero, en el alto metal cuadriculado,
ha roto hoy el telón imperturbable
del paisaje lunar que nos imponen.

Flota entre alambres, patético asteroide,
corchea cautiva de extraño pentagrama,
oscura maldición, ambiguo interrogante.

Tal vez pudiera ser el Norte
de una frustrada evasión.
Su insólita aventura, sin embargo,
quedó petrificada en un escorzo,
sorprendente cetáceo que se clavó asfixiado,
—sin pulmones ni bronquios—
más allá de las aguas, más allá del cemento
en una cruz de hierros.

Era un balón loco, y por lo tanto peligroso
—lo dice el reglamento—.
Y ahora paga sus culpas en la altura,
ahorcado y suspendido
en ejemplar patíbulo.

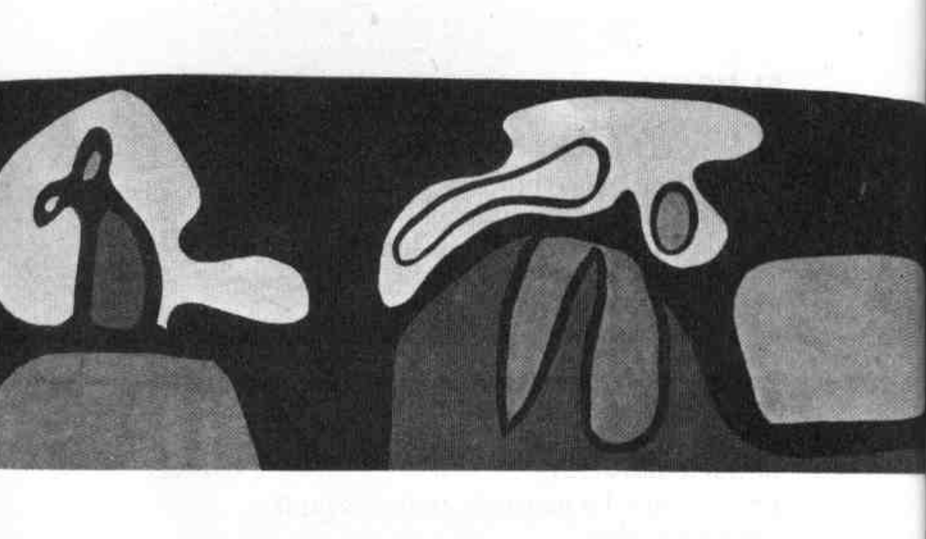


EL DOGAL

A veces, la tristeza
se planta en tu cerebro
como una tienda de camping
clavada de improviso en la ladera.

De pronto te rezuma el desconsuelo
y te sorprendes espiando los rostros y las condenas,
mientras te asciende la marea
de una irresistible pesadumbre.

Mortal desesperanza
del que todas las mañanas, todas las tardes,
todas las noches,
se enfrenta a la soledad de sus cuatro paredes
que aprietan otra tuerca, una más,
en el negro dogal de los pesares.



CHAPADOS

"Todo el Universo es una celda
y estar preso no tiene que ver con el tamaño de la celda"
aseguraba Pessoa en un poema.

Y es cierto.

Es cierto que el mundo es una celda,
pero es más cierto todavía
que sobre todo te sientes prisionero
cuando golpeas a la cárdena chapa de la puerta
y se te resiste, no cede,
y te aferras a las rejas de tu propia ventana
y te aguanta el envite.

Y sabes que estás atrapado en cuatro metros
y te sientes ahogado,
y miras al blanco techo y no encuentras resquicios,
y giras como un trompo
clavado en una trampa,
cercado, acorralado,
desnudo y aplastado
como torpe alimaña.

"Todo el Universo es una celda
y estar preso no tiene que ver con el tamaño de la celda"
insistía el poeta portugués.

Y es cierto.
Pero hay una cárcel que jamás podrán imaginar
los que nunca han estado en el fondo de una celda
los que no saben lo que es estar chapado,
atornillado entre cuatro paredes, que se encogen
y encogen cada día que pasa.

PAISAJE

En la ristra de rejas desdentadas
de la boca voraz de la ventana
se recortan, se adhieren, se retuercen,
esperpénticas, fantásticas arañas,
un par de calcetines desflecados
y el ambiguo perfil de un viejo chandall.

Vivaces gallardetes de un navío
que rompen el sopor de la mañana,
que tiñen mi paisaje con brochazos
de colores humanos. Fantaseada
impresión de sentirse respirando
los olores domésticos de casa.



AISLADO EN TU TORRETA

Clavado en la evidencia de tu almena
acechas con tu Cetme, nos vigilas,
patético esperpento uniformado,
insecto de zoológico, fantasma
sin facciones, sin nombre, ni apellidos,
grotesca marioneta de otros tiempos.

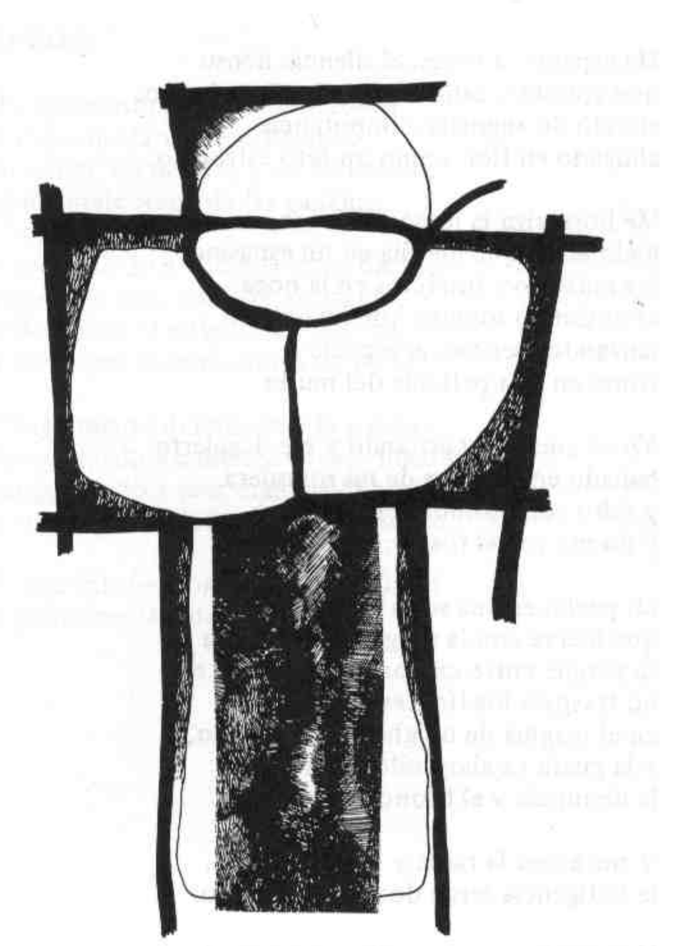
En qué piensas, aislado en tu vitrina
de cristal antibalas, y rumiando
tus rencores, tus negras soledades,
condenado al silencio y al desprecio?
En qué piensas, oscuro picoleto
mientras cubres la huella de mis pasos?

Adivinas, tal vez, mis pensamientos,
y que es libre quien tiene el alma libre,
cuando tú languideces en tu guardia,
atado, sometido y esposado
al sucio resplandor de la torreta?

Quién te habló de tricornios relucientes?
Quién te pudo engañar con el señuelo
de un dinero, una gloria, unos galones,
verde oliva, color de la vergüenza?
Quién te dijo que Euskadi era una llaga
que se limpia con Remingtons y porras?
Quién te trajo a este verde matadero
prometiéndote honores y medallas?
Quién firmó tu condena vergonzante
para hundirte en el puro desamparo
de una torre blindada y escupida

por un pueblo agraviado en su memoria?
Quién nubló tus ideas y tus pulsos?
Quién te aupó, en empujón, hasta el abismo?

Adivinas, tal vez mis pensamientos
y que es libre quien tiene el alma libre?
O tal vez ya no piensas, solo pesas
la triste magnitud de tu fracaso.



EL GRITO

Me espanta, a veces, el silencio denso
que aplasta y calla las cuerdas de mi grito,
alarido de angustia e impotencia
ahogado en flor, como un feto estrujado.

Me horroriza la inmóvil afonía,
hielo atroz que me fija en un espasmo
los músculos, fundidos en la boca,
anunciando sonidos que no existen,
lanzando eseoeses al espacio
como en una película del mudo.

Yo sé que estoy gritando y me despierto
bañado en el sudor de mi ronquera
y miro con asombro en el espejo
y no me veo el rostro.

Mi pecho es una selva de rugidos
que hierve con la sangre. La protesta
se yergue entre explosiones, pero el eco
no traspasa los límites, se funde
en el magma de un ghetto acorralado,
y la guata va ahogando lentamente
la denuncia y el bronco griterío.

Y me acosa la rabia y la impotencia,
la indigencia feroz de mi aislamiento.

Y aunque veo que nadie me responde,
que mi ruego resbala en el vacío,
con las manos crispadas en las rejas,
traspasando el ventano, grito y grito.

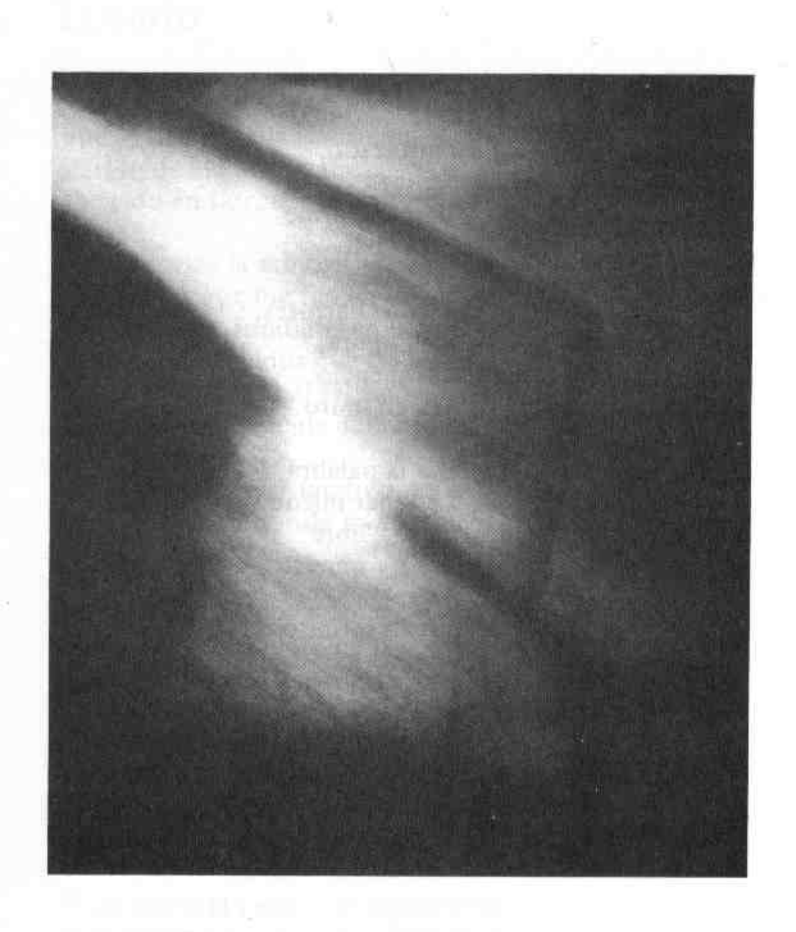
MIEDO

Tengo miedo a salir amordazado,
a tragarme la vil desesperanza
de callar, de ocultar y de inclinarme
al chantaje feroz de las cadenas.

Tengo miedo a volver a estos barrotes,
regresar a este pozo de amargura,
y de nuevo el estigma del silencio,
y de nuevo paseos contra un muro.

Tengo miedo del miedo a la palabra,
tengo miedo a callar, y a tener miedo,
tengo miedo a salir mañana "libre"
y sentirme castrado, mudo y muerto.

Tengo miedo mortal, miedo infinito
a perderme la vida por el miedo.



CONEJILLOS DE INDIAS

Y arriba, excelentísimos señores
cultivan su entrañable burocracia.
–"Aquí falta una coma, aquí una firma"–.
Son ellos los que tienen la palabra.

Y abajo, atormentado por las dudas,
las promesas, las falsas esperanzas,
se estrella el conejillo entre los muros,
burbujas, manotazos en las tapias.

No se inmutan, en tanto, los notables.
Disponen de los cuerpos y las almas
y asumen con solemnes reverencias
destinos, libertades denegadas.

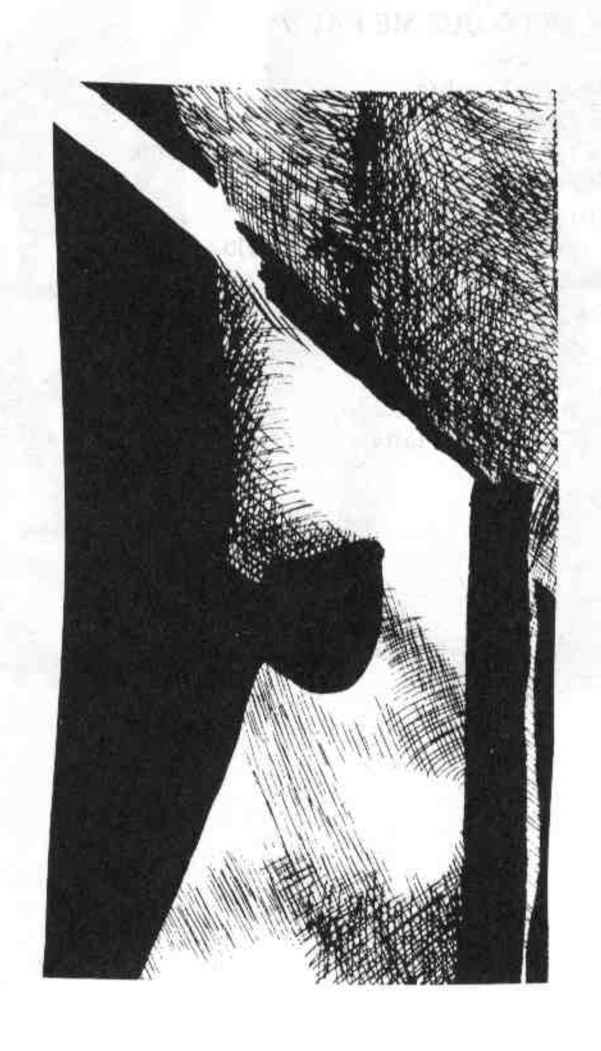
Son gentes respetables que, en sus noches,
no tienen pesadillas en la cama.
Tan sólo dulces sueños con amables
conejos que susurran "muchas gracias".



HOY SE LO QUE ME FALTA

Tal vez no lo sabía
y me faltaba el aire
o me faltaba acaso creerlo y convencerme
que la vida es un río caudaloso,
un río subterráneo pero cierto
y se trata de andarlo y descubrirlo
en los leves pasajes fugitivos,
en los días, personas y miradas,
que ahora tengo prohibidos.

Hoy, preso y condenado,
hoy sé lo que me falta.



TEMORES

Me asusta la repentina tristeza
de los días nublados del otoño
que han llegado y se van.

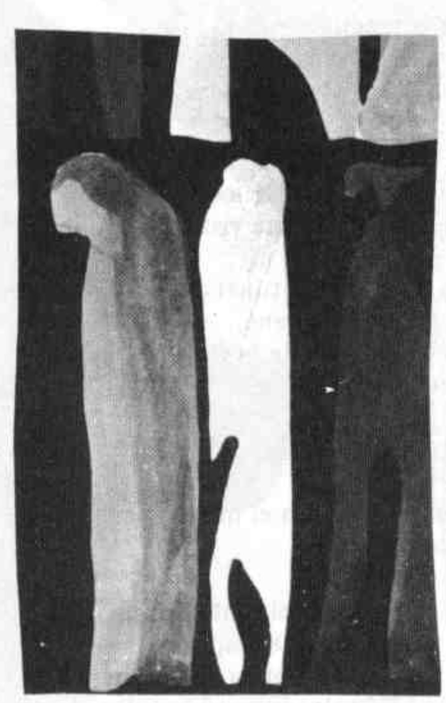
Me asusta la lánguida rutina
de las horas iguales, repetidas
los meses y semanas en su lento rodar.

Arrancar las hojas del calendario,
sin saber de las flores, del estío
o de los amarillos de una vista otoñal.

Me asusta entrar en el tunel del invierno que arriba,
dejar crecer la barba cana, ıa
sintiendo la guadaña de la vida,
cumplir un año más.

Seguir acodado a la misma ventana y a los mismos barrotes
de la misma celda, con el mismo paisaje
geométrico y lineal.

Me asusta pensar que el sentimiento
de que la vida fluye a las espaldas,
de que te quedas siempre a las puertas de la fiesta
con el ticket de entrada en el bolsillo
no es patrimonio del que cumple condena.
Es parte indivisible
de nuestra soledad.



BAILE DE LAGARTIJAS

Los chicos se concentran en el juego,
alegres, divertidos, inconscientes...
Acosan a los bichos azorados,
seccionan en perfectas rebanadas
sus músculos, su cola, su estructura,
y ríen con atroces aspavientos
la danza estremecida y moribunda
de grises lagartijas rematadas.

¡Pequeña lagartija, salta, salta!
Y te achican el patio racionado,
los pasos vacilantes, espasmódicos
y aplastan tus pupilas y tu aliento.

¡Pequeña lagartija, salta, salta!
Y te estiran los párpados, las yemas,
te enseñan las respuestas adecuadas,
a formar en las filas del recuento.

¡Pequeña lagartija, salta, salta!
Y cierran las rendijas y portillos,
prohibiciones, avisos, ordenanzas
que atornillan a golpes tu universo.

¡Pequeña lagartija, salta, salta!
Y adelgazan el sol y el tibio abrazo
de la luz otoñal, y te encadenan
a las húmedas losas sombreadas.

¡Pequeña lagartija, salta, salta!
Y te arrancan los posters, te prohiben
los gritos que rescaten la ceniza
de ese hueco mortuorio, que es tu celda.

¡Pequeña lagartija, salta, salta!

Y el súbito fox–trot enloquecido
acaba en una asfixia progresiva,
en una danza inmóvil de cadáveres.

HAN PASADO LOS BARBAROS

Llegaron de improviso, restregando
la insolencia absoluta de su reto,
el odio de sus botas, los insultos,
los fusiles, las Remington, los perros.

Llegaron con la saña que encendía
sus pupilas escuálidas de acero.
Arrastraban los fétidos olores
el sudor, el espanto y hasta el miedo
de antiguos y lejanos cuartelillos
calabozos sombríos y siniestros,
electrodos, picanas y bañeras,
la vieja pesadilla del recuerdo.

Llegaron provocando a culatazos.
Galerías rasgadas por los ecos,
chasquidos en las puertas y cerrojos,
las celdas arrasadas por el celo
de su turbia revancha, su venganza
implacable y fanática de obsesos.

Llegaron como furias desatadas.
Buscaban el temblor y el desconcierto.
De cara a la pared y encañonados
creyeron achicarnos, someternos.
Es por fin su momento, su hora justa.
Es su día. ¡Dejadlos! Es el juego
de cien zarpas y garras afiladas
ensayadas en razzias y degüellos.

Y repasan las celdas con sus lupas
escudriñan tabiques y secretos,
rastrean los detalles y las huellas,
impotentes, ridículos sabuesos.

Detrás, amenazados por los rifles,
calculamos sus fuerzas en silencio
y tomamos fiel acta del asalto,
del impune rencor, del atropello.

¡Han pasado los bárbaros! Ahí queda
el rastro de su cieno, de su aliento.



AÑADIDO TORMENTO

El frío va trepando por los poros
de este fuerte batido y acosado.
Lo siento en su avanzar estremecido,
copando los reductos y los ángulos.

Me invade, me somete, me tortura.
Arrasa los dinteles y candados,
horada y atraviesa las barreras
y se impone, obsesivo hasta el estrago.
Es el frío voraz que rompe el sueño,
que aniquila las vísceras y el ánimo.

Tremenda friolera, cierzo gélido,
implacable mordisco carcelario,
añadido tormento para un reo
que aguarda un nuevo día, tiritando.

CERCANA DESBANDADA

Visión petrificada de un paisaje
de pájaros callados, adheridos
a la seca alambrada que se extiende
tras el brusco telón de la ventana.

Son parte de la garra sarmentosa
que aprieta y amordaza al horizonte,
la trampa capital que nos abruma
trazada por un sórdido esqueleto.

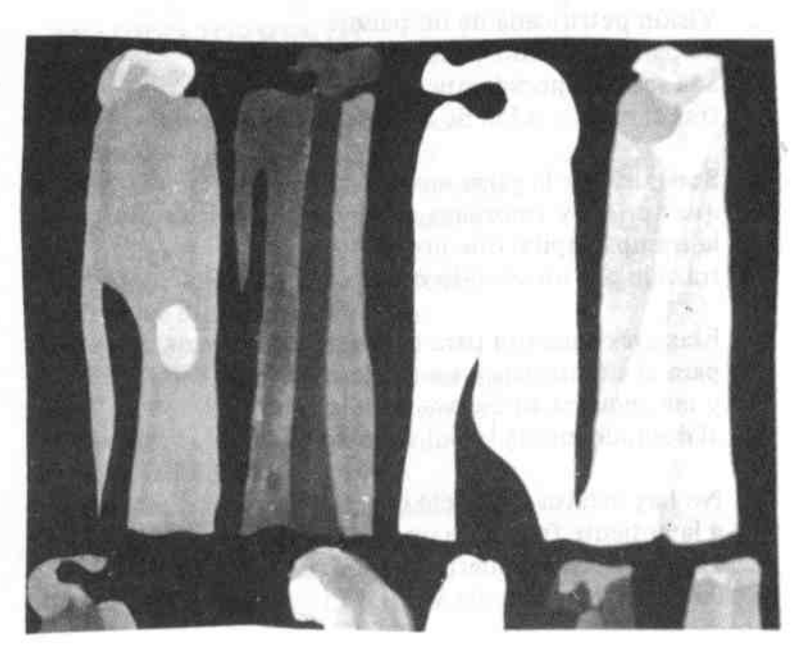
Esas aves nacieron para el vuelo,
para el aire nacieron esos pájaros,
y me angustia su esclava servidumbre
al desnudo enrejado del alambre.

No hay estatuas de hielo que resistan
a la ardiente fusión de un alma libre.
La mañana está muerta, pero insisto
en el fiero conjuro de la vida.

Y las aves escuchan mi plegaria.
De improviso se espantan y se lanzan
a un frenético vuelo desbocado
que revienta la paz del cementerio.

Superando las redes del destino
han soltado los lazos y se han ido
a las nubes, al viento y a los aires,
a los libres caminos del deseo.

Y me siento más limpio, más humano,
saludando la alegre desbandada,
la victoria de un coro de gorriones
sobre el fúnebre imperio del espectro.



A VECES IMAGINO

A veces,
hundido en el sepulcro de la celda,
a veces imagino,
imagino calles, aceras rebosantes de vida,
imagino montes, aromas, senderos.

Y es que aquí,
atrapado en el silencio
se impone la mortal telaraña de piedra
de los volúmenes asépticos.

A veces, sin embargo,
hundido en el sepulcro de la celda,
a veces imagino,
imagino cosas, personas, paisajes, frases, cuerpos.



NANA NEGRA PARA UN CONDENADO

A la nanita nana,
nanita ea
duérmete ya, maldito,
la noche es ciega,
la noche y sus tentáculos,
amarga niebla
que exorcizas en vano
que en vano sueñas
pesadilla de días
sucios de rejas.

A la nanita nana,
nanita ea,
duerme tranquilo hermano,
duerme que, mientras,
los cuervos no respiran,
tan sólo vuelan,
y en giros verticales,
torvos, recuerdan
el cruel ciclo cerrado
de la sentencia
que te sepulta en vida
y que te entierra.

A la nana, nanita,
nanita ea,
duérmete con el valium,
bendito sea!,
pero duerme y descansa
que el día llega

y hay que seguir luchando
en la refriega
de las horas iguales,
horas sin tregua
con tu fardo de dudas
y con tus penas,
con las espaldas grises
y el alma negra
pero aguantando impávido
esta condena.

CHANTAJE

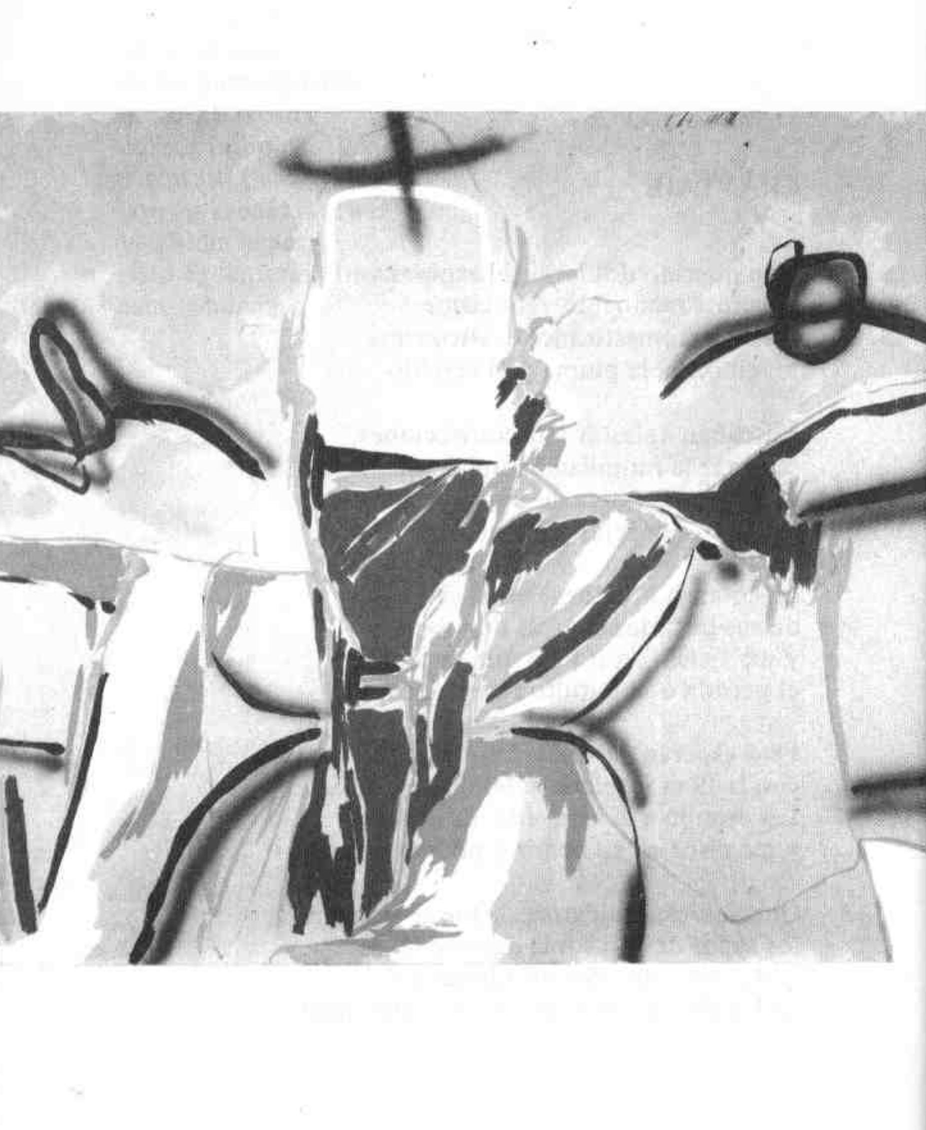
Han querido doblarme el espinazo
hacerme razonable, reducirme
a un ser domesticado, destrozarme
los riñones, la pluma y el cerebro.

Buscaban aplastar mis convicciones,
sembrar la humillación del desaliento
en la oscura fatiga de unos ojos,
abatidos por rejas y alambradas.

Intentaron hundirme en el estanque
de sus pútridas charcas de miseria
y me tienen aquí para que implore
el perdón o el indulto respetuoso.

Pero esperan en vano. Les respondo
con la fiera insolencia del que es libre.
Les escupo a la cara. Les insulto
y me cisco en su hedor y podredumbre.

Querían chantajearme. ¡Que se traguen
los sapos de su propia desvergüenza!
¡Al diablo sus ofertas miserables!
¡Al diablo y que revienten los malditos!



NECESITO

Necesito romper estas mordazas,
necesito vivir los días claros,
necesito vencer la negra asfixia,
necesito las calles y los prados.

Necesito olvidar las galerías,
necesito abatir los enrejados,
necesito barrer las telarañas
necesito la lluvia, los relámpagos.

Necesito saber que el cielo existe
porque tengo el infierno a mi costado.



SUPERVIVIENTES

Allá abajo, en el hosco pavimento
del patio oscurecido por la niebla
se posan, mañaneros, los ateridos pájaros
y yo sigo esperando
con la frente clavada en los barrotes.

Intento protegerme,
apartar la amenaza creciente y envolvente
de cerrojos, chasquidos que rompen la mañana.

¡Los pasos, otra vez!
Hay otro compañero
que avanza en la penumbra del pasillo
hacia la clara palidez de los cascos y escudos
y los fusiles que hielan la mirada,
hacia el furgón y las esposas
que llevan al paredón de Herrera de la Mancha.

Quisiera exorcizar inútilmente
la negra progresión de los visitadores,
y me aferro a las rejas enredadas de vaho
y me vuelco con desesperada ternura
en los pájaros indefensos del patio.

Atrás queda la noche,
atrás la pesadilla,
atrás las despedidas,
escritas en cuartillas
con pulso estremecido
en la alta madrugada.

Ahora, al fin, los bultos alineados
en las frías baldosas,
ahora, por última vez cacheado,
ahora sólo resta esperar
y como no hay algodón para castrar los oídos
que acechan el estruendo de los roncos cerrojos,
sigo luchando contra la fortuna,
buscando a mis pájaros perdidos por el patio.

Pero va pasando el tiempo
y se apagan los pasos,
enmudecen las voces
y se hielan los ruidos.

Hasta que me encuentro sólo y náufrago,
penoso y esperpéntico despojo,
solitario habitante de un planeta,
cegado por la bruma.

Agito los brazos a través de las rejas,
marioneta patética de un extraño guiñol,
pero apenas consigo espantar
a los últimos supervivientes,
a mis pequeños pájaros ateridos
que siguen picoteando en el cemento
de un patio que se desvanece definitivamente.

Y yo sigo esperando,
esperando en la niebla,
con los fríos barrotes marcándome las sienes.

YO NO ERA ASI

Yo no era así
la cárcel me ha cambiado.

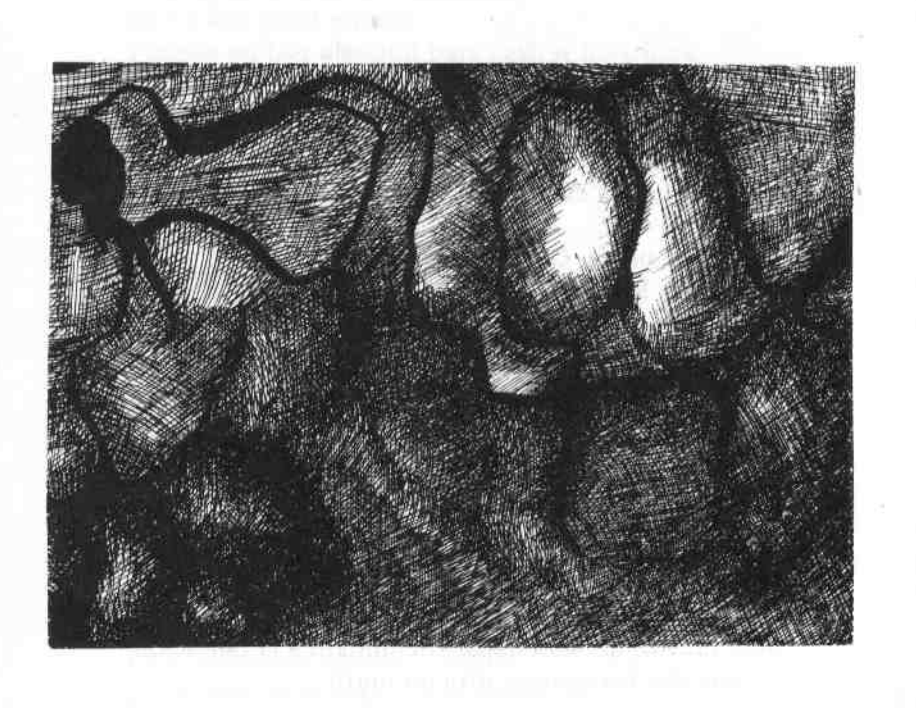
Vengan y pasen. Observen los destrozos...
las ruinas, los escombros.

El odio que acumula un resentido,
un feroz y evidente resentido social
que escupe desde el fondo de su celda
contra las tapias en las que se reclama
libertad de expresión.

Vean cómo me han transformado.
Vean en qué mono de zoológico me han convertido,
mono resentido, sin el refugio de las lágrimas,
que, tal vez, debiera haber sucumbido a la tentación
de estrellar los sesos contra un muro.

¡Vengan y pasen!
Quiero que observen que no soy el mismo
y que recuerden que a un hombre cargado de odio
no hay que ponerle en su mano una pistola,
ni siquiera una pluma.

Yo no era así, hermanos.
La cárcel me ha cambiado.



LA LIBERTAD

La libertad es dura cuando no ves los montes,
cuando los días pesan en el profundo pozo
de los recuentos grises, paseos en el patio,
rejas en la ventana.

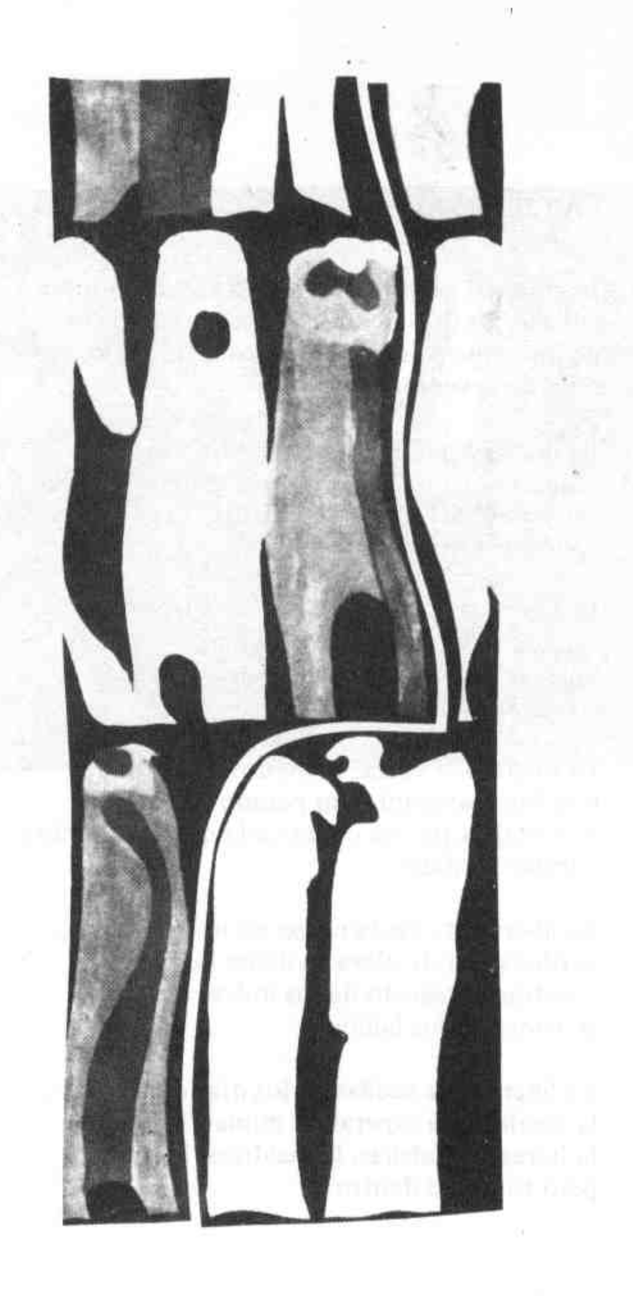
La libertad naufraga cada día que nace,
cada día que muere, cada hermano que llega,
cada cruel madrugada que estrellas tu cabeza
contra la puerta inmóvil.

La libertad se agosta en niebla y lejanías
cuando la ves cegada en tu cuerpo cansado,
un cuerpo que reclama la vida y el cariño
y sólo ves un muro.

La libertad, a veces, es un dolor profundo,
una llaga sangrante, un pecado secreto,
la nostalgia furtiva de un cielo que no alumbra,
paraíso perdido.

La libertad te azota como un látigo oscuro,
te obsesiona, te clava su divisa de hierro,
y te trae el regusto de los dulces amargos,
la acidez en los labios.

La libertad, la sueñas en los días de plomo,
la idealizas, la esperas, la mimas, la deseas,
la lloras, la trabajas, la maldices, la sufres,
pero tú sigues dentro.



RESISTIR

No hay que tirar la toalla
que la lucha está aquí dentro.

Saber que espera un mañana
y prepararlo en silencio.
No resignarse al destino
ni al fatalismo. Romperlo.

No acariciar los barrotes,
que no hay que jugar con ellos
ni acostumbrarse; por contra,
provocar el descontento,
el rotundo inconformismo
y el vital desasosiego
del que sigue en la estacada,
del que no se siente muerto,
del que lucha día a día
por tener a raya al cuerpo,
un cuerpo de acero y duro
para ensayar el intento
de una fuga y otra fuga,
porque en el espacio yermo
de una prisión, no hay cabida
para el torpe desaliento.

Rebelarse en la dureza
de ese footing mañanero
en el que el sudor corona
tu zancada en el cemento.
Apretarse las clavijas

de un horario estricto y seco
con los libros alineados,
la pluma, los folios prestos.

Saber que tiene un sentido
el lento paso del tiempo,
porque el hoy tiene un mañana
y el mañana será nuestro.

I N D I C E

OTRAS OBRAS EDITADAS POR V.O.S.A.

POESIA

Versos per acompanyar una esperança, de Vicent Andrés Estellés. Edición bilingüe.

La Memoria y la Sangre. Antología Poética. F. García Lorca, R. Alberti y otros. Portada de R. Pérez Contel.

Antología Poética Vasca. Ilustrada. Edición bilingüe. Portada de J.L. Zumeta.

1917 versos. Javier Egea, L. García Montero, A. Jiménez Millán, B. Prado, A. Salvador, J. Salvago. Portada de Rafael Alberti.

Viatge per terres de la memoria. Laura Coll Lluch. Portada e ilustraciones de Enric Marquès.

NARRATIVA

El desaparecido, de Miguel Buñuel.

El general del ejército muerto, de Ismail Kadare.

TEXTOS POLITICO–SOCIALES

Obras de Stalin. 15 tomos. Presentación: Pierre Vilar y Vicent Andrés Estellés. Introducción: Elena Odena. Biografía política en tomo XV. Historia del PC (b) de la URSS en tomo XIV.
Escritos políticos, de Elena Odena. Dos tomos. Introducción de Pierre Vilar y Raúl Marco.
Escritos sobre la transición, de Elena Odena.
Revolución Española núm. 16. La transición.

DOCUMENTOS

FRAP, 27 de septiembre de 1975. Equipo Adelvec.
Marx, Engels y Lenin sobre Irlanda. Ralph Fox.
Contra la OTAN. Elena Odena.
El Mercado Común frente a la agricultura española. Pascual Moreno Torregrosa.
Volver a la patria. Carlos Alvarez.
Sobre 1936 y otros escritos. Pierre Vilar.

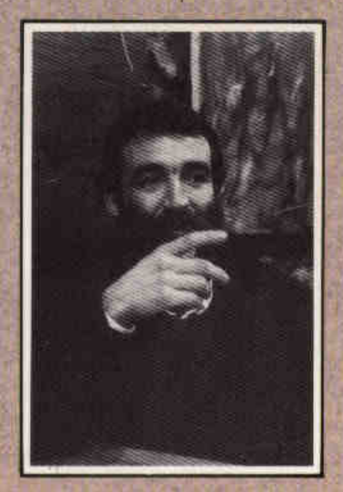
HUMOR

Vida y milagros de mi tío Fray Diego de Cádiz. Andrés Vázquez de Sola.
Me cago en el V Centenario. Andrés Vázquez de Sola.

SATUR IDARRETA

Nacido en Hernani, es un artista plástico que destaca en la pintura, el dibujo y el grabado. Perteneciente a un grupo de jóvenes pintores de la escuela de Deba, ha expuesto en varias ocasiones y tiene un reconocimiento prestigioso, en los medios artísticos vascos. A primeros de los 80 pasó varios meses en la cárcel de Carabanchel por una presunta colaboración con bandas armadas de la que ni siquiera fue juzgado.

xabier sánchez erauskin



satur idarreta

NO LE ATARAS EL ALMA

Sepultarás su aliento con mordazas de plomo,
le cortarás las alas, le robarás los besos
y hasta la fantasía, pero en la negra cárcel
no le atarás el alma.